

**LA ERA DE LA POSVERDAD Y EL PENSAMIENTO CRÍTICO EN LA
SOCIEDAD POSMODERNA**

ANA VICTORIA MARTÍNEZ PALACIOS ID: 000360909

LUCENITH CORONEL SÁNCHEZ ID: 000360751

FUNDACIÓN UNIVERSITARIA CATÓLICA LUMEN GENTIUM

FACULTAD DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y CIENCIAS RELIGIOSAS

SANTIAGO DE CALI

2023

**LA ERA DE LA POSVERDAD Y EL PENSAMIENTO CRÍTICO EN LA
SOCIEDAD POSMODERNA**

ANA VICTORIA MARTÍNEZ PALACIOS ID: 000360909

LUCENITH CORONEL SÁNCHEZ ID: 000360751

**Monografía presentada para optar al título de Licenciado en Filosofía y Ciencias
Religiosas**

Asesor: Álvaro José Chicunque

FUNDACIÓN UNIVERSITARIA CATÓLICA LUMEN GENTIUM

FACULTAD DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

LICENCIATURA EN FILOSOFÍA Y CIENCIAS RELIGIOSAS

SANTIAGO DE CALI

2023

AGRADECIMIENTOS

A Dios, por iluminar nuestros caminos y llenarnos de la fuerza espiritual para recorrer este camino.

A nuestras familias, que fueron testigos de los esfuerzos y que ahora nos acompañan en la culminación de esta etapa.

A nuestro maestro Álvaro José Chicunque, por acompañarnos y brindarnos su sabiduría.

A nuestra alma máter, por su formación humana y profesional.

DEDICATORIA

Dedicamos este trabajo a nuestros hijos, familia, compañeros y profesores que contribuyeron a este logro. También a nuestra universidad, por formarnos profesional y espiritualmente.

ÍNDICE DE CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN.....	6
CAPÍTULO UNO: EL VALOR DE LA VERDAD EN LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO FILOSÓFICO.....	10
CAPÍTULO DOS: LA ERA DE LA POSVERDAD EN LA SOCIEDAD POSTMODERNA.....	32
CAPÍTULO TRES: EL PENSAMIENTO CRÍTICO EN LA ERA DE LA POSVERDAD	46
CONCLUSIONES.....	56
BIBLIOGRAFÍA.....	57

INTRODUCCIÓN

“La posverdad consiste en la relativización de la veracidad,

En la banalización de la objetividad de los datos

Y en la supremacía del discurso emotivo”.

José Antonio Zarzalejos

Desde los orígenes de la civilización occidental, con el nacimiento del pensamiento filosófico de los antiguos griegos, el ser humano se ha inquietado por la búsqueda constante de la verdad. Para estos pensadores clásicos, la verdad representaba un valor ético que los hombres debían perseguir con honor y valentía. Simbolizaba no solo un respeto a la razón (*Logos*), sino también a la aspiración de hombre sabio que persigue la verdad para la construcción de una buena vida. Uno de los mayores referentes de dicha verdad se halla en filósofos como Sócrates, quien sacrificó su vida en nombre de ella, pues para él el hombre sabio debía decir siempre la verdad aun contemplando las terribles consecuencias que podría traer. Por otro lado, para el caso de filósofos como Platón, la verdad se apreciaba en términos absolutos y era el modo necesario para llegar al auténtico conocimiento, mientras que, para Aristóteles, por ejemplo, que veía en la verdad toda la inquietud humana, concebía que fuera posible llegar a ella siempre y cuando se conocieran las causas de las cosas.

Para el pensamiento medieval, la verdad siguió configurándose como un valor al que se aspiraba sobre todas las cosas, tal como sucedió con los griegos, pero con la excepción de que su valor, fruto de la adecuación entre la inteligencia del hombre y las cosas, era posible gracias a la voluntad divina. La verdad entonces era una cuestión inmutable, única y

auténtica, que era conocida por medio de la revelación divina y porque en cada cosa verdadera estaba impregnada la sabiduría de Dios. Para los modernos fue una situación diferente, la verdad vino a ser parte de los grandes discursos, de los relatos que encauzaban el pensamiento. La democracia, el liberalismo, el marxismo, y todos los discursos de la ilustración pretendían ofrecer una verdad, ya fuera frente al conocimiento, o frente al hombre y la sociedad. Para la modernidad la verdad fue la cúspide, y se pretendía que fuera única y universal.

El valor que se le otorgó a la verdad por muchos siglos de la historia del pensamiento filosófico, siempre tuvo sus adversarios, hubo quienes no la creían posible, y también quienes no hallaban en ella un valor ético, tal es el caso que enfrentó Sócrates con los sofistas, pues para estos últimos la verdad solo era relativa y poseía más bien una ventaja práctica que una aspiración virtuosa. En el caso de los discursos modernos sobre la “verdad” no hubo mayor crítico que el filósofo Nietzsche, quien consideraba que el valor que tenía la verdad en los griegos, por ejemplo, se había perdido hace mucho tiempo, y ahora solo simbolizaba una herramienta para la perpetuación de un poder, de una ideología y de un pensamiento dogmático.

El diagnóstico que Nietzsche hizo sobre la supremacía del poder frente a la verdad fue el detonante para que pensadores como el francés Michael Foucault hicieran una lectura similar de la sociedad contemporánea. Foucault permitió reflexionar, a través de su estudio del poder, hasta qué punto la verdad se convierte en un discurso más que pretende sostener las instituciones y las estructuras de poder en lugar de convertirse en una herramienta emancipadora, como parecía aspirar de igual modo los griegos. La verdad según Foucault está al servicio de un sistema que necesita de su perpetuación. En ese sentido, si los acreedores de la verdad son aquellos que necesitan la perpetuación de sus ideologías y de sus aparatos de control: ¿existe entonces en nuestra actual sociedad posmoderna la verdad?

La respuesta al anterior interrogante es que no existe una verdad, y dicha afirmación no se hace en virtud de que la verdad no pueda hallarse en ningún lado, o que se esté negando por completo, es en virtud de que en nuestra sociedad actual; una sociedad posmoderna que se caracteriza por una profunda desilusión con las estructuras institucionales, ya no cree en los hechos. Como lo anunciaba el filósofo Noam Chomsky (2007), estamos ante

una sociedad desinteresada por la verdad, que no busca la claridad frente a los hechos y decide caer, incluso por voluntad propia, en las dinámicas del poder y la manipulación. Se está, por tanto, ante la llamada sociedad de la posverdad; una cultura que expresa este fenómeno con la formación de la opinión pública a través de las creencias, las subjetividades y las emociones: una renuncia a la objetividad de los hechos.

Es sorprendente que los rigurosos análisis de personajes como Nietzsche o el mismo Foucault, al sugerir que la verdad no es siempre como parece y está sujeta a los discursos del poder, la sociedad posmoderna no haya decidido entrar con un pensamiento crítico a desenmascarar las falsas verdaderas con las que se encuentra en su diario vivir (noticias en las redes sociales, los discursos democráticos, políticos y religiosos) y en cambio sí haya decidido, consciente y voluntariamente, a creer en los engaños (Morales, 2018). Eso es lo que se llama posverdad, aceptar los discursos hegemónicos simplemente por conservar creencias, porque logran despertar emociones y entusiasmos, aunque sean completamente irracionales. En otras palabras, la posverdad muchas veces es un autoengaño, es decir, una evasión consciente de la realidad, porque las personas saben que son verdades a medias, muchas veces falsas, y que solo pretenden defender un ideal a costa de todo.

En relación con lo anterior, este trabajo de monografía tiene como objetivo principal indagar en qué consiste el concepto de posverdad en nuestra sociedad actual, una sociedad que se caracteriza por ser posmoderna, en el sentido que prolifera lo mediático, lo efímero, donde el pensamiento crítico está ausente, y donde el individuo no muestra más interés que por su bienestar propio en lugar de pensarse como en sociedad. Para llevar a cabo este objetivo principal, se ha decidido dividir el trabajo en tres capítulos. El primero, consistirá en ofrecer algunas nociones importantes de “verdad”, ya que, antes de hablar de que es la posverdad, es necesario saber que se entiende por verdad y de ese modo comprender por qué se ha desplazado el concepto en nuestra sociedad actual. Es relevante aclarar aquí que el concepto de verdad es polisémico y de ello han surgido diferentes problemáticas, pues su complejidad obedece a que presenta discusiones sobre su significado en muchas perspectivas: lógicas, epistemologías, políticas, históricas, éticas, morales, etc., nuestro interés será indagarlo desde una perspectiva más ética, pues permite vincularla con la

posverdad y la sociedad. En ese sentido, se tomarán algunas nociones de tres momentos importantes del pensamiento filosófico: los antiguos griegos, el medioevo y los modernos.

En el segundo capítulo se examinará el concepto de posverdad presente en la sociedad posmoderna, para ello se trabajará en el libro *La posverdad y las noticias falsas* (2018) una compilación de varios autores que busca caracterizar el concepto a partir de la sociedad de la información. Además, también se retomarán algunas ideas muy importantes del filósofo estadounidense Noam Chomsky, acerca de las estrategias de manipulación y cómo a través de distintos medios y la proliferación de la información se venden “verdades” parcializadas.

El último capítulo será dedicado al pensamiento crítico, como propuesta filosófica, y como mejor forma de salir del autoengaño y la manipulación de la llamada “posverdad”. Se busca entonces que a través de una necesaria reflexión acerca del pensamiento crítico se logre recuperar el valor ético que representa la verdad. Pues en últimas, el tema de la posverdad es un problema ético, es la responsabilidad que se ha abandonado frente a los criterios, la capacidad de crítica, frente a la información y los hechos. El pensamiento crítico es la vía por la cual la sociedad actual puede hacer frente ante la manipulación de la información, recuperando la capacidad de discernir entre los discursos hegemónicos y los discursos constructivos.

Por último, se rescata la pertinencia de esta investigación, pues permite indagar por un tema muy actual como es “la posverdad” y las dinámicas que han surgido de ella en la sociedad. En esencia, el mundo se halla ante un “signo de los tiempos” un nuevo estado de sociedad donde la verdad importa menos ante el sensacionalismo y la zona de confort de individuos apáticos y acríticos.

CAPÍTULO UNO

EL VALOR DE LA VERDAD EN LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO FILOSÓFICO.

“Hay que tener el valor de decir la verdad, sobre todo cuando se habla de la verdad”

-Platón.

El hombre ha sido desde el comienzo del ejercicio de la razón un buscador de la verdad por excelencia. Siempre le ha inquietado saber que son las cosas y dar con su esencia, tal y como lo deseaban los primeros filósofos griegos. Definir algo como “verdad” siempre será muy complejo, pues existen muchos modos de abordarlo como disciplinas. Podemos encontrar la verdad en política, en filosofía, en moral, en religión, y en muchos campos más que la plantean con problemas muy específicos. La intención de este capítulo no es abordar todas sus facetas, más bien se desea rastrear de manera muy general el valor que la verdad ha tenido en tres momentos importantes de la historia del pensamiento. Y, de ese modo, comprender como ahora en la época contemporánea dicho valor se ha perdido y ha sido reemplazado por la llamada “posverdad”, una forma en la que los seres humanos renuncian al valor que tiene la verdad y adoptan formas discursivas que desdibujan cotidianamente los hechos y las evidencias. En ese sentido, se trabajará la noción en los griegos, de la mano de pensadores como Sócrates, Platón y Aristóteles, en virtud de representar los mayores exponentes del pensamiento filosófico griego y de los cuales la

verdad se configuró como una constante búsqueda no sólo para el conocimiento sino también para el cultivo del alma humana. También se abordará el concepto desde la edad media, principalmente con las definiciones de san Agustín de Hipona y Santo Tomás De Aquino. Y, por último, se presentará el valor de la verdad para los modernos.

En las diferentes culturas, civilizaciones y sociedades de todos los tiempos, se ha podido presenciar la variedad de los “regímenes de verdad” que caracterizan cada época, es decir, las normas y principios que rigen qué tipo de afirmaciones se consideran verdaderas o falsas en una determinada sociedad y por supuesto época Ramos (2018). En este sentido, se puede apreciar que indistintamente de como el concepto ha sido abordado por los filósofos en cada periodo, se comparte un valor en común en todas las edades. Es decir, la forma de ver los griegos la verdad, a pesar de la variedad de posturas presentes sobre ella, es la misma. La rescatan como un valor esencial para el ejercicio de la razón. La verdad para los clásicos está tan asociada a cuestiones de conocimiento como a cuestiones de valor ético. La verdad es la aspiración que tienen todos los sabios, y permite la vida virtuosa.

Para los medievales, por ejemplo, la verdad representaba un valor único, e implicaba el conocimiento esencial de las cosas. La inteligencia se adecuaba con la esencia de las cosas, y esto era posible porque Dios impregnaba a los hombres de la sabiduría suficientes para conocer su creación. Así, el fundamento último de todo para los medievales radicaba en un ser divino. Es Dios la garantía de que las cosas puedan ser de un modo único.

Para los modernos, en cambio, la verdad comenzó a ser objeto alcanzable únicamente por el ejercicio riguroso y sistemático de la razón. A la vez que también por medio de los grandes discursos liberales que buscaban ofrecer una visión universal de las cosas, ya sean sobre la sociedad, la política, el conocimiento, los valores éticos, el hombre, la ciencia y la moral. En otras palabras, el proyecto moderno fue buscar la justificación de las cosas con el objeto de ofrecer una verdad universal de las mismas.

En virtud de lo anterior, podemos clasificar la verdad en sus empleos más recurrentes como lo cierto, lo existente, lo que es verificable, lo exacto, lo duradero, lo eterno, lo auténtico, lo esencial, lo coherente, entre otras definiciones, que por la naturaleza del escrito, sólo se dará cuenta de su valor desde una dimensión ética. En este orden de ideas,

se rescata la dimensión del concepto de verdad en estas tres épocas como: en los griegos correspondencia, relación entre las cosas y como valor ético; en los medievales un acto de revelación; y por último en los modernos como conformidad a ciertas reglas del pensamiento, es decir, la coherencia y también la utilidad.

1. EL VALOR DE LA VERDAD PARA LOS GRIEGOS

Es probable que no haya otro filósofo en la historia de la humanidad con más compromiso con la verdad que Sócrates. Los libros nos relatan cómo este filósofo configuró la imagen de un hombre verdaderamente sabio a través de la coherencia entre lo que se dice que es correcto y lo que se hace. Dio incluso su propia vida en nombre de la justicia y la verdad, para enseñar que la valentía de un corazón sabio y virtuoso está dispuesto a pagar cualquier precio por defender los principios que hacen a un verdadero hombre y a un verdadero filósofo. Por tanto, Sócrates es la máxima figura de la dimensión profundamente ética que algo como la verdad representa.

Con Sócrates, si bien no es el primero en otorgar una dimensión de la verdad como aquel conocimiento necesario y de base para comprender cómo se debe vivir, si representa un referente importante del pensamiento clásico del cual este trabajo desea destacar. Así pues, a partir de su relación de la verdad con la vida virtuosa, este filósofo se convertirá en el modelo para la filosofía que se construye después de su muerte, sobre todo con las grandes escuelas griegas que surgen con principios éticos muy profundos.

Hay que reconocer que la verdad para los griegos comprendía un valor tanto para la razón como para la vida democrática. El conocimiento era la reproducción de lo verdadero y existía una búsqueda constante por hallar lo esencial en las cosas, al igual que en la vida práctica se buscaba que los ciudadanos, por ejemplo, el caso de los atenienses, hicieran de la democracia un ejercicio libre de la verdad. Tal y como lo ilustra Michael Foucault (2010) en su libro *El Coraje de la Verdad*:

Atenas, ciudad democrática, orgullosa de sus instituciones, pretendía ser la ciudad en la cual el derecho a hablar, a tomar la palabra, a decir la verdad, y la posibilidad de aceptar el coraje de ese decir veraz se realizaban en los hechos mejor que en ningún otro lado. (p.52)

Puede apreciarse con la anterior cita que la inclinación constante por encontrar e ilustrar la verdad se convirtió para el mundo griego en un ejercicio político. La actitud y el discurso que los hombres políticos adoptaban debía reflejar la figura de un sabio; alguien que en su discurso procura expresar siempre con coraje y virtud la verdad. Y no solo eso, la verdad se convirtió en parte fundamental de cualquier esfera de sabiduría, pues también era importante que ésta cimentara los principios de la conducta moral. Aquí el sujeto moral se constituye partiendo de una relación esencial: la de sí mismo. Esto significa que el autoconocimiento, como parte fundamental para la construcción de dicha moral, es la vía para hallar la verdad. El examen constante del ser y su interacción con el mundo le ofrecen al individuo la posibilidad de que halle la verdad respecto de lo que es. Vemos entonces como algo como la verdad se vincula tan profundamente con la multiplicidad de esferas en la cultura griega, convirtiéndose en la máxima a la que todos aspiran llegar: un conocimiento verdadero de las cosas como también una vida recta y sabia de acuerdo con principios morales veraces. De acuerdo con la postura de Xavier Zubirí en su texto *Sócrates y la sabiduría griega* (1940), publicado en la revista *Escorial*, lo anterior se sustenta del siguiente modo:

Si el sabio griego dirige la vida, es con la pretensión de asentarla en la verdad, de hacer al hombre vivir de la verdad. Es la leve inflexión por la que la Sabiduría, como descubrimiento del universo, deja de ser una posesión del *Absoluto* para convertirse simplemente en posesión de la *verdad* de su Naturaleza. En la verdad del sabio griego, el descubrimiento de la Naturaleza no tiene finalidad distinta del descubrimiento mismo; por esto es una actitud teórica. La sabiduría deja de ser primariamente religiosa para convertirse en especulación teórica. (p. 172).

Como se nombró inicialmente, Sócrates es la figura que más representa el valor de la verdad para los hombres. No sólo la apreció como la aspiración de todo conocimiento, sino que la instauró como condición para la formación de una vida ética. Según Foucault (2010):

Partir de Sócrates en cuanto es, desde luego, aquel que prefiere afrontar la muerte antes que renunciar a decir la verdad, pero no ejerce ese decir veraz en la tribuna, la Asamblea, delante del pueblo, diciendo sin disfraces lo que piensa. Sócrates es aquel que tiene el coraje de decir la verdad, que acepta correr el riesgo de morir para decir la verdad, pero a través de la prueba de las almas en el juego de la interrogación irónica. (p.87).

La verdad, que corresponde a como son las cosas, siempre fue la búsqueda constante para Sócrates, defenderla era una actitud valerosa, por eso desaprobaba constantemente a los sofistas, quienes solo veían en la verdad el obstáculo para alcanzar fines prácticos, y usaban el engaño y la mentira para obtener beneficios. La verdad no ofrece al hombre nada más que la plena satisfacción del obrar correctamente según los principios de la vida virtuosa, aunque dicha verdad pueda resultar incómoda y ofensiva ¿qué más puede desear el hombre que vivir de acuerdo a principios que considera verdaderos? La verdad no es algo que hay que buscar con rigurosos métodos, o con profecías, es algo que para Sócrates llega al hombre mismo, gracias a su vida de constante introspección, diálogo (disensiones o mayéutica) y la práctica del bien. Se trata de una verdad que para ser presentada a los hombres sabios primero estos han de reconocer que nada saben. La aceptación de la ignorancia es el primer paso para que la verdad guíe la vida y las acciones humanas. Con respecto a esta idea del valor de la verdad, Foucault (2010) resalta:

De ese coraje por la verdad que los griegos y la filosofía griega habían presentado como uno de los principios fundamentales de la vida de verdad. Ir a la verdad, manifestar la verdad, hacer prorrumpir la verdad hasta perder la vida o derramar la sangre de los otros, es algo cuya prolongada filiación encontramos a través del pensamiento europeo. (p. 197).

En ese sentido, no puede ser más el último gesto de Sócrates, que su coraje y compromiso con la verdad, con la capacidad de mostrar que la relación íntima entre el

hombre y la verdad hace posible la vida virtuosa. Por tanto, no hay más verdad que la que el individuo halla en su autoconocimiento. Como lo expresó alguna vez este gran sabio “*una vida sin examen no vale la pena vivirla*”. En el Fedón, Platón lo expresa así: “Acaso lo verdadero, en realidad sea una cierta purificación de todos esos sentimientos. Y también la moderación y la justicia y la valentía, y que la misma sabiduría sea un rito purificador” (p. 50).

En ese rito purificador, donde la verdad es la máxima expresión, tanto para Sócrates como para Platón, el hombre halla la tranquilidad, la sabiduría y la plena realización con la que su mirada se orienta hacia lo justo y lo contemplativo. Quizás, ninguna otra época de la humanidad le dio un valor tan profundo y especial a la verdad como en la antigua Grecia, pues su búsqueda impulsaba lo que para entonces era una cuestión esencial: el conocimiento y la vida virtuosa. En el *Fedro, diálogos* de Platón, dice:

Se ha de tener el coraje de decir la verdad, y sobre todo cuando es de ella de la que se habla: porque, incolora, informe, intangible esa esencia cuyo ser es realmente ser, vista sólo por el entendimiento, piloto del alma, y alrededor de la que crece el verdadero saber, ocupa, precisamente, tal lugar. Como la mente de lo divino se alimenta de un entender y saber incontaminado, lo mismo que toda alma que tenga empeño en recibir lo que le conviene, viendo, al cabo del tiempo, el ser, se llena de contento, y en la contemplación de la verdad, encuentra su alimento y bienestar, hasta que el movimiento, en su ronda, la vuelva a su sitio. En este giro, tiene ante su vista a la misma justicia, tiene ante su vista a la sensatez, tiene ante su vista a la ciencia, y no aquella a la que le es propio la génesis, ni la que, de algún modo, es otra al ser en otro - en eso otro que nosotros llamamos entes-, sino esa ciencia que es de lo que verdaderamente es ser. Y ha visto, de la misma manera, todos los otros seres que de verdad son, y nutrida de ellos, se hunde de nuevo en el interior del cielo, y vuelve a su casa. Una vez que ha llegado, el auriga detiene los caballos ante el pesebre, les echa, de pienso, ambrosía, y los abreva con néctar. (Diálogos, 1998, p. 348).

La verdad se configura, de acuerdo con Platón y las enseñanzas de su maestro Sócrates, en una cuestión eterna. Es el alma humana quien puede contemplar la verdad; ni los sentidos, ni las experiencias inmediatas pueden dar razón de las esencias eternas llamadas verdad. Por tanto, cuando el hombre descubre en las ideas lo realmente sustancial se dice que ha hallado lo verdadero, lo inmutable.

Todo el movimiento filosófico que se da después de la muerte de Sócrates lo asumen como punto de partida para la formación del *Ethos*. Así, su mayor discípulo, quien escribió acerca de su vida, concibió también la verdad como un valor esencial para el ser humano y su importancia para el discernimiento de lo falso y el engaño. Platón, había heredado de su maestro Sócrates, una idea de verdad relacionada con la rectitud, con la permanencia, con lo más esencial e inmutable de las cosas. Foucault (2010) lo explica del siguiente modo:

Para Platón la verdadera vida es una vida recta (*euthýs*). Con la caracterización de la verdad como rectitud y de lo verdadero como lo que es derecho, la verdadera vida es un camino recto, es decir, un camino conforme a los principios, las reglas y el *nomos* (ley). (p.238)

De acuerdo a lo anterior, es importante resaltar la dimensión del “deber” que comprende la verdad para Platón, ya que cumple un rol decisivo en la vida social, pública y política. Ser un hombre que proclama la verdad, la *Parresia*, es un ser digno llamarse filósofo. En su obra *la República*, dice:

Las cualidades necesarias para llegar a ser un verdadero sabio: La primera es, como recordarás, el amor a la verdad, que debe buscarse en todo y por todo, siendo la verdadera filosofía absolutamente incompatible con el espíritu de mentira. (1872, p. 16).

La *parresía* se constituye para Platón en el decir verdadero, en la proclamación de la verdad como un arma poderosa de la retórica en la esfera de la vida pública, pero de igual modo en la vida privada, donde tiene una dimensión ética dentro del gobierno de sí. La *parresía* comprendía, tal y como lo ilustraba Michael Foucault en sus estudios del pensamiento griego, una práctica del discurso verdadero que se conectaba tanto con lo

político como con el cuidado de sí. Es decir, para el mundo griego quien cultivara de sí mismo se direccionaba hacia la búsqueda de la verdad y en últimas hacia la libertad misma. Quizás un elemento relevante por rescatar dentro de la importancia de la práctica de la *parresía* es su apuesta por la elección autónoma: el discurso verdadero tiene un componente de decisión, de liberación, y eso trae consigo consecuencias que el ser humano debe estar preparado para asumir. Pues el decir la verdad contiene un profundo sentido de incitación y desafío. Además, quien hace de la verdad un ejercicio de crítica, franqueza y deber moral está más cerca de convertirla en un vehículo para lograr la libertad propia.

De acuerdo con Platón, hay una necesaria implicación moral en la *Parresia*, en decir la verdad, porque ésta encarna en sí misma el bien, la virtud y la rectitud, lo contrario de la falsedad, que en todas sus formas representa un mal. Por tanto, *cuando la verdad se abre camino, jamás se puede decir que lleva tras de sí el cortejo de los vicios* (Platón en la República, 1872. p. 17). La naturaleza del filósofo, que por su etimología es aquel amante del saber, debe, desde toda concepción platónica, descubrir lo verdadero. Por esa razón este discípulo de Sócrates decidió desarrollar su propia teoría de la verdad en la que buscará incesantemente diferenciarse del ignorante y del amante de la falsedad. Querrá, sobre todas las cosas, un pleno conocimiento del ser.

La verdad para este filósofo griego será entonces el ser, y el conocimiento del ser. En cuanto al primero, es ser porque está constituido por las ideas, y el conocimiento del ser, en relación a como se mire y se contemplen dichas ideas. Es una cuestión, en otras palabras, tanto de forma como de fondo. Para Platón, la permanencia representa siempre lo verdadero frente a lo que es cambiante, por eso contempló el mundo de las ideas como la verdad, en cuanto que estas conservaban la esencia de las cosas. La llamada “visión inteligible” comprenderá el elemento platónico indispensable para el conocimiento de la verdad, ya que se hace posible solo por medio de pensamiento y no por los sentidos. Foucault (2010), habla sobre platón al respecto:

La modalidad platónica. Ésta acentúa de manera muy significativa la importancia y la amplitud de los *mathémata*; da al conocimiento de sí la forma de la autocontemplación y del reconocimiento ontológico de lo que es el ser propio del alma; tiende a instaurar una doble división: del alma y del cuerpo; del mundo

verdadero y del mundo de las apariencias; para terminar, su importancia considerable obedece al hecho de haber podido ligar esa forma del cuidado de sí a la fundación de la metafísica, a pesar de que la distinción entre la enseñanza esotérica y las clases impartidas a todos limitaba su alcance político. (p.350).

De ese modo, Platón hace una división importante para el mundo, una donde el engaño y la falsedad son posibles, y la otra donde no se puede hallar más que verdades y esencias. El mundo de las ideas es el mundo de la verdad, es el punto de partida para formar el espíritu y para llegar al verdadero conocimiento. En *La República* Platón dice:

Si mientras se encuentra en tal disposición de espíritu, alguno, aproximándose a él con dulzura, se atreviese a hacerle oír la verdad, diciéndole que le falta la razón y que tiene gran necesidad de ella para gobernarse, pero que no se adquiere sino a precio de los mayores esfuerzos. (1872, p.23).

Para este filósofo griego la verdad implica una disposición del hombre, en cuanto a su espíritu, para llegar al conocimiento esencial de las cosas. Además, sólo aquel que en su corazón contenga la virtud y el bien que forman al sabio, podrá disfrutar de la belleza del mundo que la verdad revela ante los ojos de quienes son capaces de ver lo esencial. Como lo expresó en su Mito de la Caverna, el hombre que tiene deseos de conocer la verdad necesita dotarse de la voluntad para salir de la oscuridad y enfrentarse a la luz del conocimiento. Sin duda un ejercicio nada fácil, pero una vez el individuo seducido por el despertar de la sabiduría no habrá cadenas que lo aten a la ignorancia de un mundo oscuro que lo privan de la belleza del conocimiento. Por tanto, salir de la caverna, significa para Platón descubrir un nuevo mundo donde ya no existen sombras, sino verdades expuestas desde su esencia.

Por otro lado, hallamos también otro filósofo, uno de los más importantes del mundo griego, Aristóteles, para quien la verdad solo es deseable por aquellos hombres que se apasionan por el saber. El amor a la verdad surge cuando se pone en práctica la curiosidad humana que es dotada por naturaleza a los hombres. El entendimiento se configura como el ejercicio que guía a la verdad. En ese sentido, podemos ver en Aristóteles dos dimensiones muy importantes de este concepto: la primera es que la verdad tiene un fin en

la ciencia teórica, que vendría siendo el conocimiento de las causas de cualquier situación o cosa; y también un fin práctico, en la acción, que se ve reflejado en las cualidades morales como la valentía o la prudencia, que posibilitan el valor de lo verdadero frente a la falsedad.

Para Aristóteles existe un ámbito para la verdad muy importante, que es lo político, lo concerniente a la esfera pública donde la retórica, el discurso, se impregna de una capacidad valorativa de lo cierto, de lo veraz. Las cosas verdaderas o rectas son por naturaleza, para Aristóteles, el resultado de la actitud prudente y benevolente. En otras palabras, la verdad solo le es posible para el hombre virtuoso, ya que guía su vida bajo los principios responsables de la rectitud y la coherencia. En su obra *La Metafísica*, se expresa frente a la verdad:

Lo mismo sucede con los que se han expresado acerca de la verdad; pues de algunos hemos recibido ciertas doctrinas, pero otros fueron causa de que llegaran a existir éstos. Y también es justo que la Filosofía sea llamada ciencia de la verdad; pues el fin de la ciencia teórica es la verdad, y el de la ciencia práctica, la obra. En efecto, si los prácticos indagan cómo está dispuesta una cosa, no consideran en ella lo eterno, sino lo que se ordena a algo y al momento presente. Pero no conocemos lo verdadero sin conocer la causa; y, en cada caso, tiene por excelencia su propia naturaleza aquello en cuya virtud reciben el mismo nombre las demás cosas. (993B-15).

De acuerdo con lo anterior, se aprecia que para Aristóteles la filosofía corresponde por excelencia a una ciencia de la verdad. Es a través de la filosofía que la verdad se hace posible como perfección del conocimiento, como aquella conformidad y relación entre la mente y la realidad. La filosofía brinda los elementos para juzgar una cosa como cierta o no. Aristóteles define esto como la rectitud de la opinión o del juicio.

Por otro lado, Aristóteles sostuvo que la verdad se configuraba como prioridad de la razón, pues en últimas todo conocimiento humano originaba su admiración y deseo de saber en virtud de la búsqueda de lo verdadero. Por eso su famosa afirmación de que el deseo de saber es inherente a la naturaleza humana. Por lo tanto, la verdad se contempla como un gozo del alma en la medida en que representa un fin para la felicidad. El saber, la

intelección de la verdad, dota a los hombres de la sabiduría suficiente para guiar sus conductas y para descubrir el mundo en su esencia. Además, este filósofo dedicó grandes esfuerzos por diferenciar notablemente la verdad de lo que no lo era, es decir, lo falso. Para ello asumió que lo verdadero era aquello que tenía una relación con algo, una cosa con la cual pudiera afirmar que es verdad. De acuerdo con lo expuesto en el *diccionario de filosofía* de José Ferrater Mora (1994), la noción de verdad clásica de Aristóteles puede denominarse “correspondencia”, “adecuación” la verdad es verdad en cuanto corresponde con algo que se adecua con un enunciado y conviene con él (p. 884). Este tipo de verdad que es por correspondencia puede denominarse “verdad ontológica” ya que recurre a enlazar el concepto con la cosa misma, *la relación entre sujeto y predicado*.

Por último, decimos que, para Aristóteles, al tener el hombre por naturaleza el deseo de saber, tiene irremediamente un gran compromiso con la verdad. Esta última se presenta bajo las condiciones, por un lado, de un compromiso con la razón, y por el otro, bajo una visión teleológica, es decir, identificar la verdad como un bien y como un fin a perseguir. Por lo tanto, se resalta también la importante esfera ética que presenta la verdad para el pensamiento aristotélico, pues la que en últimas, impulsa el objetivo concreto del hombre de alcanzar la felicidad.

2. EL VALOR DE LA VERDAD EN EL MEDIOEVO

A diferencia del mundo griego, que comprendía la verdad como un ejercicio pleno del *Logos* y de la *retórica*, para muchos pensadores de la edad media era una afirmación salvadora. Para este periodo histórico de la humanidad, el valor de la verdad no correspondía ya a causas primeras como el aire, el agua, el fuego o de dioses griegos como se pensaba en la antigüedad; sino que era fruto de la divinidad y del acercamiento intelectual y espiritual con Dios. En este sentido, conocerlo era en esencia acercarse a la verdad y la fe constituía el medio por el cual se daba lugar el conocimiento verdadero.

Este escenario hizo de la fe el tribunal supremo del conocimiento, pues representaba el modo más seguro para llegar a contemplar la verdad absoluta: aquella verdad que es revelada a los hombres por Dios. Lo universal, lo inmutable, toma fuerza en esta época

para hacer ver lo más esencial de la verdad, su trascendencia e inmanencia. Según lo explica Foucault (2010), la tradición cristiana que caracteriza este periodo tiene por excelencia “una vida consagrada a la verdad, consagrada, a la vez, a la manifestación de hecho de la verdad (*ergo*) ya la veridicción, al decir veraz, a la manifestación por el discurso (*logo*) de la verdad” (p.326). Puede decirse en ese sentido, que la importancia filosófica de este concepto radica en su vínculo, al igual que en platón, con un mundo inmutable, un mundo donde solo se tiene acceso a las verdades.

La verdad es, en la edad media, una noción que busca la permanencia del ser, y en esa medida no se aleja de muchos aspectos griegos, sobre todo concernientes al pensamiento aristotélico y el platónico, ya puede verse estos rasgos en la filosofía tanto de San Agustín (354-430), como de Santo tomas de Aquino (1225-1274).

Para San Agustín (1969), la verdad comprende un *bien espiritual*, un bien único al cual pueden ser asequibles todos los seres racionales, pues antes que nada es también un bien común. Buscar la verdad, el deseo de poseerla, hace del espíritu humano una disposición solidaria constante. En ese sentido, la verdad resulta incompatible con el egoísmo, porque nadie se halla en posición de expresar que le es suya, como un bien privado, que no compete al resto de la humanidad. En su texto *El valor de la verdad*, Jesús García cita una frase de San Agustín:

San Agustín lo ha dicho de forma magistral: “Por eso, Señor, son terribles tus juicios; porque tu verdad no es mía, ni de aquél, ni del más allá, sino de todos nosotros, a cuya comunicación nos llamas públicamente y terriblemente nos adviertes que no queramos poseerla en privado para no vernos privados de ella. Porque cualquiera que reclame para sí propio lo que tú propones para disfrute de todos, y quiera hacer suyo lo que es de todos, será repelido del bien común hacia lo que es suyo”. (1961, p.30).

La verdad tiene, por tanto, una dimensión profundamente comunitaria en San Agustín, que desborda cualquier pretensión de posesión privada. Tiene, además, la capacidad de penetrar el entendimiento humano y comunicarse como bien divino al resto de la humanidad. A través de elemento de la fe, y el esfuerzo de la razón humana iluminada, la verdad se convierte en la perfección que discierne entre lo falso y lo genuino, y lo aparente

y autentico. La verdad, por tanto, hace posible el perfeccionamiento del conocimiento, en la medida en que capta las esencias y brinda sentido a la realidad. Como lo expresa san Agustín, lo verdadero es aquello que es.

En las Obras de san Agustín, Introducción general y primeros escritos (1969), la verdad y su valor es definida del siguiente modo:

He aquí la metafísica de la razón humana: ella no es la verdad, pero la irradia. La Verdad es eterna, ella temporal; la Verdad no cambia, ella se muda; la Verdad es necesaria, ella contingente. El monte iluminado durante el día puede entenebrecerse por la noche; luego no es el sol; el alma pasa de estados tenebrosos a estados de claridad, y viceversa; puede ser iluminada por la verdad y oscurecida por el error. Luego ella no es la verdad, pero la luz que posee da testimonio de la Verdad inmutable y eterna. Conocer el Verbo divino y señalarle con el índice es la mayor gloria del verbo humano. (p. 72)

El pensamiento agustiniano es tanto especulativo como afectivo, busca la verdad con todas las fuerzas y con un compromiso de lealtad y amor inigualable. La verdad representa el máximo valor para el entendimiento, y alcanzarla no es posible con la mera capacidad humana, se necesita, según San Agustín, una ayuda exterior que ilumine la mente y permita conocer las esencias, las ideas, como diría platón. La llamada “*iluminación*”, la teoría que desarrolla este pensador, consistirá en la iluminación de la mente finita humana por el deseo de Dios, trascendiendo las propias limitaciones y permitiendo alcanzar las verdades esenciales para la felicidad. San Agustín lo expresa del siguiente modo:

El *Hortensius* le produjo una impresión que no había de borrarse nunca por la cálida exhortación a la sabiduría. La felicidad no consiste en la satisfacción de los sentidos, ni en la posesión de las riquezas, sino en el noble deleite de la contemplación de la verdad, a ejemplo de los grandes pensadores, como Platón. (p. 9).

Se finaliza entonces con una idea de verdad agustiniana como un acto contemplativo, como un ejercicio de la razón iluminado y guiado por la voluntad de divina, por Dios. En

la que cada hombre debe ofrecerla a la vida pública como un bien común, como el camino para la salvación de la humanidad.

Otro gran pensador del Medioevo, teólogo y filósofo, Tomás de Aquino, ofreció un significado de la verdad como aquella capacidad de perfeccionamiento del intelecto. Para Aquino, existía una necesidad de conciliar la razón y la fe a la hora de fundamentar la verdad. Por tanto, la verdad es, antes que nada, un bien del entendimiento. El corazón humano para este teólogo siempre va estar guiado por la curiosidad y búsqueda de la verdad y es en esa medida que el intelecto humano puede ser perfeccionado. Cruz Gonzales-Ayesta (2010) expresa en su artículo sobre *el amor a la verdad en Tomás de Aquino*, lo siguiente:

Puede decirse que conocer la verdad es el buen acto del entendimiento: la verdad es el bien del entendimiento. Por ello es «un cierto bien». En este sentido, los hábitos que disponen al entendimiento para efectuar una operación donde se conozca la verdad teórica o práctica (tales como la ciencia, la sabiduría, el *intellectus*, la prudencia o el arte) serán virtudes del entendimiento, mientras que aquellos que no disponen hacia la verdad, como la opinión, no se consideran virtudes. La verdad es bien y perfección del hombre y a su conocimiento corresponde una dimensión moral. (p.40).

Tomás de Aquino dimensiona la verdad, hasta cierto punto muy parecido a los griegos, como un valor moral, pues esta permite la perfección del alma y un acercamiento mayor a la inteligencia de Dios. Además, la verdad también juega un papel indispensable en la relación razón y fe. Ambas comprenden los medios, según Tomás de Aquino, para alcanzar la verdad cristiana. La razón es entonces la inteligencia que prepara al espíritu humano para la aceptación de Dios; al igual que san Agustín, la mente es iluminada por Dios y se convierte en el instrumento eficaz para exponer todos los contenidos de la fe. La razón es la preparación para lo que la fe expresa, el amor y la verdad divina revelada.

Para Santo Tomás de Aquino, la voluntad de saber, como disposición amorosa a la verdad, no solo obedece a los hábitos intelectuales sino también al hábito moral. El ser humano siente un deseo natural por conocer la verdad que lo lleva a obrar según los principios que

la conservan. Uno de ellos es el interés por no violentar al conocimiento y hacer de la verdad el mejor dominio para los hombres. Por eso se insiste en no trazar límites muy austeros entre la razón y la revelación, porque ambas permiten instruirlo hacia la orientación divina y hacia un camino que excluye el error. De acuerdo con González-Ayesta (2010), este valor de la verdad se constituye para Aquino como lo siguiente:

El conocimiento de la verdad es uno de los bienes integrantes de la bienaventuranza. Siendo ésta el fin último del hombre no es posible alcanzarlo sin el conocimiento de la verdad. Por ello, conocer la verdad ya no es solo el bien del entendimiento sino una inclinación del hombre como tal. Y las virtudes intelectuales que capacitan al hombre para su conocimiento, especialmente la sabiduría, constituyen «en cierto modo una incoación de esa bienaventuranza que consiste en el conocimiento de la verdad». (p.41).

De acuerdo con la anterior cita, se puede apreciar que la verdad para Aquino es la contemplación que permite el perfeccionamiento humano y lo hace benevolente. Se habla entonces de una verdad divina, la última instancia del verdadero conocimiento, una verdad que permite hacer una lectura de la realidad clara, como manifestación natural de las cosas. En la obra *“La vida espiritual de Santo Tomás de Aquino”* (1945) escrita por el teólogo Martin Grabmann, se expone unas palabras importantes de Aquino con respecto la dimensión divina de la verdad:

El hombre busca la Verdad —que es lo mismo que el Ser— como el bien supremo, que da sentido y plenitud a su existencia, y para llegar a su posesión organiza todo su ser y actividad a la luz de sus exigencias ontológicas, de las normas que tal Fin o suprema Perfección de su vida le exigen. El conocimiento de la verdad y la práctica del bien, actividad intelectual y actividad volitiva, no son dos compartimentos independientes de la vida del espíritu, como que la verdad y el bien son nociones trascendentes y coincidentes con la del ser. El conocimiento de la verdad esclarece y hace viables los caminos de la práctica, a la vez que la práctica

del bien hace accesible la contemplación, la posesión de la verdad. (Cita de Aquino, p.21).

La verdad revelada en este contexto de la edad media juega un papel muy importante, pues por medio de la fe, la razón humana puede contemplar las cosas más allá de sus límites, permite el acercamiento del hombre al conocimiento de Dios. En ese sentido, este tipo de verdad hace que el entendimiento humano logre reconocer a un Dios y sus atributos, a la vez que un alma que es alimentada por su fe.

3. EL VALOR DE LA VERDAD EN LA MODERNIDAD.

La modernidad representó una gran ruptura con las formas medievales del pensamiento, en las que la verdad, como valor representativo para las épocas pasadas, vino a ser el mayor deseo alcanzable para la razón humana. Gracias a las críticas llevadas a cabo por los diferentes bandos y movimientos de pensamiento renacentistas, los medievales entraron en un descrédito social por considerarse los portadores por excelencia de una verdad revelada. Los modernos pusieron en discusión la correlación de la verdad-revelación de Dios, e instauraron una nueva relación con la verdad y la razón. La articulación del mundo ya no vendrá a obedecer a cuestiones de divinidad, mucho menos objeto de iluminación, sino de descubrir, por medio del pensamiento y la razón, las leyes, los principios y sabiduría del mundo. En otras palabras, para los modernos el hombre se convertirá por excelencia en el portador de la verdad. Solo él y su inteligencia descubrirá las verdades del mundo y de él mismo.

Al igual que los dos periodos pasados, la modernidad también contempla en la verdad un proyecto ético, pues se instaura la necesidad de desvelar lo ilusorio, y emprender un ejercicio riguroso y metódico de auto comprensión y reflexión del mundo y del ser humano. En ese sentido, Dios se desplaza porque no puede proporcionar las respuestas acerca del ser y de su existencia, y pasa a buscarse en el orden social, en la naturaleza, y en las prácticas propias de la libertad. La verdad es por tanto algo imposible de hallarse en Dios,

y al hombre no le queda más remedio que emprender la tarea de buscarla el mismo por medio de la razón (Villoro, 1999).

La filosofía moderna presenta una inquietud constante por la verdad, una necesidad de universalizar el pensamiento. Podemos encontrarlo con los grandes sistemas de pensamiento ético, político, social y epistemológico (como el empirismo y el racionalismo). Todos en búsqueda de ofrecer solo una verdad que contemple todas las dimensiones de vida humana. Vemos entonces la inclinación hacia una verdad superior racional. El hombre moderno quiere erigirse como amo del mundo y por ello toma al conocimiento como la única forma de lograr concebir la verdad. Ya no está presente, por tanto, una búsqueda de la verdad que en cualquier momento se revela, como si se tratase de atrapar algo, sino que se concibe ahora como un proceso en el que se interviene, de manera procedimental y metodológica.

Las nociones de verdad que adoptaron en los grandes sistemas filosóficos modernos siguieron concibiendo la necesidad, como ya se había establecido en el mundo griego, de que se correspondieran a cómo son las cosas. Se trata pues, de una verdad por correspondencia, en la que una proposición del mundo o de algo tuviera su referente en la realidad. No obstante, esto no representó un ejercicio muy sencillo, ya que los modernos, desde Descartes hasta Kant, buscaban un fundamento para hacer dicha verdad posible, para ello, plantearon los siguientes interrogantes:

¿Cómo puede haber una correspondencia entre cosas tan distintas como un pensamiento y una realidad física? Para saber si una cosa «se adecua» a otra puedo ver si «embonan» entre sí. Pero, ¿cómo podría hacer esto con dos órdenes de realidad tan diferentes como el mental (o el lingüístico) y el físico? (Villoro, 1999, p. 214).

Sus respuestas y tratamientos más próximos se dieron desde distintas miradas, para unos filósofos la verdad consistía en adecuar el pensamiento a la realidad, y dicha adecuación se llevaba a cabo o a partir de la razón, o a partir de la experiencia. En todo caso, todo tratamiento implicaba un método, pues dilucidar la verdad como simple dominio del sentido común era en efecto una cierta ingenuidad. Todo lo verdadero era susceptible de

ser reflexionado, de ser analizado por el lenguaje, y de ser, en últimas, inspeccionado por los elementos útiles de la filosofía: la razón y la experiencia.

Por tanto, se valora a la verdad dentro del pensamiento moderno a partir de dos aspectos importantes que, eventualmente, representaron los grandes problemas filosóficos de esta época. El primero, una verdad formal, en la que se basaba el pensamiento racionalista de filósofos como Descartes y Leibniz, consistía básicamente en la adecuación de la verdad con la razón misma, en la que los aspectos del mundo considerados como verdaderos partían de un principio fundamental de no contradicción. El discurso racionalista busca llegar a la verdad precisamente mediante los razonamientos. Como lo explica Ferrater Mora (1994):

Lo interesante, y nuevo, en las concepciones modernas de la verdad ha sido el desarrollo de lo que puede llamarse "concepción idealista" Se ha dicho a veces que esta concepción se caracteriza por entender la verdad como "verdad lógica", y se ha aducido a tal efecto que al reducirse todo ser a contenido de pensamiento, la verdad tendrá que fundarse en el pensamiento mismo y, por tanto, en sus leyes formales. Pero ello no corresponde necesariamente a las concepciones idealistas, sino más bien a las llamadas "racionalistas". (p. 885).

De acuerdo con esta concepción racionalista de la verdad, para filósofos modernos como Descartes una meta deseable para el conocimiento y la ciencia es la distinción entre lo verdadero y lo falso. Así, un principio importante dentro de su método filosófico es la duda; pues la base de la incertidumbre es el camino para hallar lo que es cierto y lo que no. De este modo, Descartes en sus *Meditaciones Metafísicas* (1987), afirma:

Ciertamente, todo lo que hasta ahora he admitido como lo más verdadero lo he recibido de o por medio de los sentidos; pero he descubierto que éstos me engañan a veces, y es prudente no confiar del todo en quienes nos han engañado, aunque sólo fuera una vez. (p.16).

Los sentidos para Descartes son fuente de incertidumbre y confusión, por tanto, una búsqueda de la verdad, incluso de los sentidos mismos, deben tener como fuente algo ajeno al cambio y la transformación, es decir, algo que pueda ser percibido con claridad, y que a su vez pueda ser entendido sin ambigüedad. En sus palabras expresa que la verdad le viene dada por aquellas ideas que son claras y distintas, acompañadas del ejercicio riguroso de la razón: “siempre consideré como las más ciertas de todas las verdades las que conocí evidentemente sobre las figuras y los números, u otras pertenecientes a la aritmética o la geometría o, en general, a la pura y abstracta matemática.” (Descartes, 1987, p.59).

Por otro lado, se puede hallar también una verdad material, que obedece más a las corrientes empiristas modernas, donde consideran que la experiencia es el único modo de dar razón de las cosas pues no se posee otra fuente parcialmente confiable de lo que es el ser. Por tanto, un juicio es verdadero en la medida en que la experiencia pueda adecuarse con lo enunciado. Es en últimas la correspondencia del pensamiento con la realidad. No obstante, los modos de acceder a la verdad en los modernos originaron grandes discusiones que pretendieron darse fin con el pensamiento Kantiano, pues mientras unos veían su acceso por medio de la razón otros los hallaban por medio de la experiencia. Kant buscó complementar ambos no es virtud de hallar una verdad esencial, sino una aproximación a la misma. Tal y como lo explica Luis Villoro (1999):

Cualquier justificación racional de un juicio que se pretenda verdadero debe ser consistente, coherente y completa. La racionalidad es un criterio por el que podemos reconocer la verdad, luego la sistematicidad del pensamiento es un criterio de verdad. La «conformidad del entendimiento consigo mismo», según fórmula de Kant, es una condición necesaria pero no suficiente de verdad. A la coherencia del pensamiento deben añadirse las razones que permiten juzgar que ese pensamiento corresponde a una realidad cognoscible intersubjetivamente. En cuanto condición de racionalidad, la coherencia entre las proposiciones es un criterio (formal) de verdad. Pero, para asegurar nuestra pretensión de verdad, debemos acudir a otro criterio que garantice la existencia efectiva, para cualquier sujeto, de lo juzgado. (p.226).

De acuerdo con lo anterior, el criterio del cual, sostiene Villoro, se acude para garantizar la existencia de la verdad, es el de la correspondencia con los hechos. Si algo marcó fuertemente la modernidad fue la necesidad de llegar a la verdad a partir de un método que asegurará no sólo que se asevera, es decir, sostener algo como verdadero porque existen razones suficientes para mantenerlo, sino también que se encuentre de algún modo explícita la referencia. Que se pueda acudir al hecho y establecer una relación con los argumentos. Se trata, en últimas, de todo un cuerpo que ponga de manifiesto el conjunto de referencias, sujetos, descripciones y aseveraciones. En *Creer, Saber y Conocer* (1982), Villoro indica que “para que llamemos verdadera a una oración concreta, debemos considerarla, no sólo como un conjunto de trazos en un papel o serie de fonemas proferidos en un orden, sino como signos usados por un sujeto concreto para referirse a un hecho y describirlo, como una oración aseverada” (p.177). El espacio a la incertidumbre o la susceptibilidad de una diversidad de interpretaciones, queda, en esta época, en el ámbito del rechazo fruto de la necesidad, por un lado, de ofrecer una única visión de las cosas, y por otro, de que toda afirmación verdadera sea lo suficientemente probada y justificada como para no dar espacio a la manipulación y la duda.

En ese orden de ideas, no fue sino hasta comienzos del siglo XIX donde la verdad, vista por los modernos como una correspondencia de las proposiciones que se postulan del mundo y su referente real, es decir, la correspondencia con los hechos, pierde un poco su valor fruto de las múltiples críticas llevadas a cabo por filósofos como Hegel o Nietzsche.

El esfuerzo ahora para el hombre moderno radica en pensar cuál será el proceso para llegar a dicha verdad, sin que se le escape elementos importantes y recoja en un sistema cualquier interés humano. El modo de proceder hará que la verdad, en la modernidad, logre universalizarse en los distintos discursos, ya sean sobre el conocimiento, sobre el comportamiento moral humano, sobre la condición política, etc.

Por tanto, parece que no hay época que haya idealizado más la verdad que la modernidad, y fruto de dichas pretensiones hizo que muchos pensadores, como el mismo Friedrich Nietzsche, criticara su falsa universalización, y afirmara que la verdad no era más que objeto de discursos de poder, que seguían siendo, al igual que muchas más voces

portadoras de verdad, un infinito ejercicio de interpretación. En su texto *Sobre la verdad y la mentira en el sentido extramoral* (1873), Nietzsche expresa:

¿Qué es entonces la verdad? Un ejército móvil de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realizadas, extrapoladas, adornadas poética y retóricamente y que, después de un prolongado uso, a un pueblo le parecen fijas, canónicas, obligatorias: las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son, metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han perdido su troquelado y no son ahora consideradas como monedas, sino como metal. (p.6).

De acuerdo con Nietzsche, la dimensión de lo verdadero para los modernos encierra considerables limitaciones, pues el hombre únicamente desea de la verdad las consecuencias agradables que la misma puede ofrecerle, es decir, la búsqueda de una verdad va en el sentido de que pueda conservar un status quo, una normatividad, y que no genere efectos destructivos o perjudiciales. Por tanto, la verdad para Nietzsche en la sociedad moderna se configura más bien como el resultado de experiencias que no residen en el juicio sino en la voluntad: es lo que el hombre quiere que sea verdad, y no como las cosas realmente son.

Parece entonces que el proyecto moderno de instaurar verdaderas únicas y globales, lo que hizo fue justificar acciones descontextualizadas de muchas realidades. A partir de las grandes críticas a los fracasos de la modernidad, sobre todo con el surgimiento de movimientos intelectuales posmodernos, el valor de la verdad queda desplazado y se instaura una nueva forma de concebir los hechos y los discursos: la posverdad.

Queda concluir de este capítulo, las dos dimensiones importantes de la verdad en todas estas épocas históricas, una como actividad práctica en busca del saber y el perfeccionamiento del comportamiento humano, y la otra, como valor constitutivo del ejercicio de la razón. Todos estos periodos compartieron un valor de la verdad, una necesaria búsqueda, que hoy en día, con el surgimiento de una sociedad posmoderna, dichos deseos han sido anulados y no queda más que una llamada posverdad, donde el valor se ha desplazado dando cabida a los discursos manipulados y los hechos

tergiversados. Por tanto, la conocida verdad que pretendía legitimarse a través de la verificación y contrastación con los hechos, una verdad científica, es desplazada en esta nueva era para dar preponderancia a las perspectivas y la subjetividad.

CAPITULO DOS

LA ERA DE LA POSVERDAD EN LA SOCIEDAD POSMODERNA

“Existen dos maneras de ser engañados. Una es creer lo que no es verdad, y la otra es negarse a aceptar lo que sí es verdad”

Soren Kierkegaard

Este capítulo será dedicado al desarrollo del concepto de posverdad, específicamente como fenómeno emergente de la actual sociedad posmoderna. En el anterior capítulo se trató el tema del valor de la verdad presente en épocas históricas muy importantes, en el que se pudo vislumbrar cómo a partir del tercer periodo, la modernidad, dicho valor cayó en declive. Esto permitió, como muchas cosas que se pusieron en discusión, el surgimiento de una sociedad posmoderna que desechó muchos aspectos valorados en la modernidad, como por ejemplo la tendencia a universalizar los discursos, a maximizar la razón y también a defender una única verdad.

La nueva sociedad que empezó a configurarse tomó aspectos muy relevantes en la crítica de la modernidad, se puede apreciar eso con los aportes significativos de los análisis de Foucault sobre el poder, el discurso y la verdad. Motivado por el pensamiento de Nietzsche, Foucault llega a la conclusión de que lo que muchos asumen como “verdad” en esencia es la reproducción de una lógica de poder que trae consigo unas intenciones con respecto a lo que enseña al mundo como verdad, por lo general esa intención es la conservación del

poder y el control. No obstante, parece que, paradójicamente, este análisis en lugar de fomentar un pensamiento crítico, fue asumido por una sociedad de un modo erróneo. La verdad pierde cualquier categoría de valor, y se hace admisible todo tipo de discursos, aun los que son considerados falsos. La legitimidad de la mentira, el engaño y las versiones distorsionadas a medias de la información, se convirtió en lo que por excelencia parece circular en la actual sociedad posmoderna, una sociedad de la ignorancia, la apatía, la manipulación, que hace prevalecer lo que se conoce como era de la Posverdad.

El concepto de posverdad ha sido fuertemente discutido, pues son varias las esferas donde puede encontrarse, en la política, en la sociedad, en el ecosistema digital, la publicidad, en fin, se presenta de muchas maneras, aunque se rescata una única intención, la de llevar a cabo un proceso creativo de manipulación de la verdad, con el fin de sostener una determinada postura que guste a la audiencia y conserve una versión de la propia verdad y los hechos sesgada y disfrazada.

La categoría de posverdad apareció por primera vez en el año 2016, publicada por el *Diccionario de Oxford: post-truth*, que la vinculaba a un significado donde la formación de la opinión pública sobre los hechos se daba a partir de la apelación a las emociones y las creencias personales (BBC, 2017). En ese sentido, se habla de posverdad cuando los discursos son ausentes de objetividad, imparcialidad y veracidad. Además de ello, se puede agregar que la “posverdad” se constituye como un fenómeno social, cultural, político e incluso económico, ligado fuertemente con el ejercicio del poder, y manifestado sobre todo en las redes de información. Podemos encontrar posverdad en las redes sociales, en los periódicos y revistas, en la propaganda y los comerciales, hasta en los discursos políticos de las llamadas democracias. Estos representan los medios idóneos desde los cuales la posverdad surge. Como lo expresa Jaime Ríos en el primer capítulo del libro *La posverdad y las noticias falsas* (2018):

Para que la posverdad rinda frutos y dividendos a quien la promueve, es necesario contar con el acceso a medios y redes de comunicación, contextos sociales sensibles a los mensajes agnotológicos, estrategias y operadores políticos, además de los comunicadores y los recursos económicos asociados a la ejecución de prácticas de posverdad. (p.26).

De acuerdo con lo anterior, la posverdad ha surgido con más fuerza en la sociedad posmoderna debido a que se caracteriza por ser una sociedad hiper-conectada, donde el flujo y el acceso a la información es más fácil y práctica que en otros tiempos, estamos ante una era de la hiper-conectividad difusa, confusa, sin límites y abierta a una gran amalgama de posibilidades. Por lo tanto, las posibilidades de desinformar, en una sociedad de la información, aunque suene contradictorio, ha sido el nicho más fácil para el establecimiento de las dinámicas de la posverdad. Como lo menciona el anterior autor, son las características de esta sociedad, que hace tan fácil las estrategias de manipulación y engaño.

La posverdad entonces se configura como un importante núcleo de reflexión, gracias a su estrecha relación con lo político y lo social, donde se evidencia la importante dimensión ética que amerita, porque a diferencia de la verdad, las esferas donde la posverdad se presenta han perdido cualquier sentido y valor ético que debe tenerse con los hechos y con la veracidad de los contenidos de cualquier índole. En consecuencia, no es para nada extraño apreciar que el concepto de “posverdad” en sus múltiples manifestaciones, caracteriza en esencia al tipo de sociedad que se ha construido, una sociedad decadente, manipulada, apática, y sobre todo cómplice de las estrategias de poder y alienación, donde se instaura innumerables falsedades y mentiras que funcionan de manera negativa en los procesos sociales, políticos y culturales de las sociedades.

Pero ¿qué hace tan novedosa e influyente la noción de posverdad? Muchos creerían que se debe a la presentación continua de falsedades de una manera simplista y sencilla de digerir, pero en realidad se debe a que la posverdad ha permitido en el imaginario común preservar con éxito las creencias más arraigadas, ya sea porque benefician, hacen conservar el *status quo* o simplemente porque la verdad resulta tan problemática y molesta que es preferible creer en la mentira para continuar tranquilos y felices, aun cuando el mundo evidencia lo contrario. En otras palabras, la posverdad representa, y es la tesis que se quiere mantener aquí, la forma más efectiva de “autoengaño”. Además, acompañada de la disposición de los individuos al engaño, factores como la gran influencia de los medios de comunicación han hecho de la posverdad una realización muy eficiente. Pues los

individuos cada vez están más informados sólo por la vía de los medios y noticias. De acuerdo con ello, Noam Chomsky en su obra *Ilusiones Necesarias* expresa:

La misma estructura de los medios de comunicación está diseñada para inducir a la conformidad con respecto a la doctrina establecida. Resulta imposible, durante un lapso de tres minutos entre anuncios, presentar pensamientos poco familiares o conclusiones sorprendentes con los argumentos y evidencias necesarios para dotarlos de cierta credibilidad. El hecho es que los principales medios de comunicación y otras instituciones ideológicas reflejan por lo general las perspectivas y los intereses del poder establecido. (2017, p. 22).

En ese mismo orden de ideas, se puede decir que la posverdad es la reencarnación de la actitud acrítica de una sociedad posmoderna; una sociedad que no le importa que distorsionen la realidad pues ya hace tiempo que ha renunciado a la verdad y ha optado por rendirse ante la manipulación de cualquier tipo de información. En ese sentido, se contempla la mayor característica de la posverdad en la sociedad posmoderna: la constante disponibilidad del individuo a aceptar el engaño. Esto, acompañado además de una proliferación incesante de las pasiones. La posverdad, como mejor vía de realización, tiene en su poder el sensacionalismo, las emociones de cada individuo como fuente idónea para la sumisión y rendición consciente de sus receptores. La posibilidad de que todo esto haya podido llevarse a cabo con tanto éxito, es porque se ha forjado una sociedad a partir de un modelo moral de éxito y de felicidad a través del constante consumo, relegando las responsabilidades y compromisos con los hechos, y evadiendo el dolor y los problemas como mecanismo de preservación. Ríos (2018) introduce en su capítulo *sobre la verdad y la posverdad* lo siguiente:

Las creencias en las mentiras y falsedades de las versiones alternativas encuentran buena parte de su fortaleza en las emociones de las personas. Sin embargo, lo novedoso es la construcción de las representaciones del mundo promovidas por la posverdad, como opinión pública, o mejor dicho “la digitalización de la opinión

pública” con base En los medios masivos de comunicación y las redes digitales. (p.13).

De acuerdo con lo anterior, se puede inferir que los mecanismos de persuasión de la posverdad están fuertemente vinculados con lo emocional y con los medios digitales que lo hacen posible. Como se había anunciado anteriormente, la sociedad posmoderna se caracteriza por ser una sociedad hiper-conectada, donde la recepción, producción y circulación de información captan las subjetividades y crean un andamiaje simbólico que dota de significado lo que en esencia carece de sensatez y veracidad. En otras palabras, la sociedad de la información contribuye a maximizar lo irrelevante y a ocultar o convertir en indiferente lo realmente importante. Estamos entonces ante un tipo de verdad emotiva que crea, describe y modela la opinión pública y se instaura como fenómeno del mundo digital.

En ese sentido, no es difícil comprender el gran éxito que fenómenos como la posverdad han tenido en las sociedades, pues es el fiel reflejo del ciudadano promedio. Alguien a quien no le interesan los hechos, menos discernir si son verdaderos o falsos; alguien que continuamente cede la necesaria actitud objetiva a las opiniones públicas, a las creencias, a los prejuicios y a los dogmas; alguien, que en ultimas, prefiere que piensen por él que tomar el tedioso trabajo de pensar por sí mismo y cuestionar lo que los medios, la propaganda, la política, y el sin número de formas de informar, le dicen que debe creer. El individuo posmoderno, por tanto, se halla atrapado en las burbujas de la posverdad, no logra poner en duda y confrontar las noticias falsas que lo hacen prisionero simbólico de la mentira, y se convierte en fiel representante de la alienación y el fetichismo del engaño. Siguiendo las ideas del libro *La posverdad y las noticias falsas* (2018), uno de los autores argumenta respecto al tema del siguiente modo:

A partir de la transición de la modernidad a la segunda modernidad, o modernidad reflexiva, se ha llevado a cabo un proceso más amplio de individualización. En este nuevo contexto, los individuos obtienen mayor información, lo que los hace conocer más de los asuntos y de cierta forma ser más libres en su toma de decisiones, pero esta libertad tiene como características permanentes el indeterminismo, el riesgo y la precariedad. Gran parte de estos aspectos que conlleva la libertad en la actualidad podrían estar relacionados con la información,

pues con los nuevos procesos para la obtención de la información, cada vez más vinculados a las tecnologías de la información, se corre el riesgo de que ésta pueda ser parcial, tendenciosa o directamente falsa, aspectos ligados directamente con el tema de la *posverdad*. (Ramos, p.71).

De lo anterior puede apreciarse las grandes paradojas que encierra el advenimiento de este nuevo tipo de sociedad, donde dice proliferar la autonomía intelectual, la libertad de pensamiento, la capacidad de decisión y construcción personal. Ha mostrado por el contrario que no se ha realizado lo esperado, la sociedad posmoderna lo que ha hecho es configurarse como el nicho donde pululan el inconformismo y la indiferencia, donde la desbordante información y su facilidad de acceso a generado un atosigamiento y una fuerte resistencia por parte de los individuos a investigar y saber si los hechos son verdaderos o falsos. Con respecto a este punto podemos encontrar muchísimos ejemplos que ilustran el mecanismo de la posverdad, en donde se refleja el sujeto narcisista que se resiste a aceptar la verdad tanto en la vida cotidiana como en la pública. Tal es el caso de hace unos años, en el 2017, con la victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales de los Estados Unidos, o el caso propio del país colombiano con el triunfo de la desinformación y el miedo en las pasadas elecciones presidenciales del 2018. En todos estos casos, los llamamientos a las emociones se convirtieron en el vehículo perfecto para hacer pasar por cierto y real datos tergiversados, engañosos y mal intencionados. Se vislumbra la paradoja de creer en los datos imposibles y negar las evidencias irrefutables. Se vislumbra, por último, la sorprendente disponibilidad de los individuos de apropiarse de las mentiras y aceptar el engaño.

Cabe entonces preguntarse de lo dicho hasta ahora ¿cómo opera la posverdad? Opera a través de los mecanismos de poder. Siguiendo las ideas de Foucault, este filósofo sostenía que el poder representaba la fuente perfecta de normalización, y se expresaba a través de un sin número de formas, como por ejemplo las instituciones y los medios de comunicación. En ese sentido, la posverdad, como instrumento de manipulación del poder, opera de manera efectiva por medio de los formatos de pensamiento infundidos por los medios de comunicación. La verdad en esta nueva era ha quedado obsoleta ante la oleada de especulación y manipulación de las producciones discursivas de los medios digitales de

comunicación, donde los horizontes han quedado oscurecidos gracias a la victoria de la hiperrealidad, de la incertidumbre y de lo impredecible. Además, como lo explica Graciela Técuatl en el segundo capítulo del libro *La posverdad y las noticias falsas* (2018), la posverdad ha tenido este gran éxito precisamente porque:

Los recursos científico-tecnológicos que surgieron en el siglo XX, a partir de las computadoras, posibilitaron la transmisión, el almacenamiento y el manejo de la información. Internet y las redes sociales ampliaron la manera de generar y socializar la información. La información que anteriormente estaba contenida en papel (siglo xix) llegó hasta lo digital, lo que hizo posible mostrar una distinta sociedad: la de la información y la del conocimiento. (p.34).

De acuerdo con lo anterior, la posibilidad de tener un mayor acceso a la información y distribución de la misma, ha hecho que esta nueva sociedad sea tan particular como logra apreciarse. El surgimiento de las llamadas nuevas tecnologías de la información: teléfonos súper inteligentes, computadoras, tablets, han propiciado que se tenga cada día más fácilmente la información que ronda en la red. La cultura de masas se ha visto transformada por este fenómeno y ha quedado sobreexpuesta a las influencias de diversos actores que procuran ejercer un dominio en la conciencia moral, las opiniones y pensamientos de una sociedad. Por tanto, la virtualización de la realidad a través de estos mecanismos tecnológicos ha propiciado es escenario perfecto no para la circulación de la información verídica de acceso a todos, sino de pantallas que crean imágenes distintas de la realidad. Al respecto Valadier (2017) en su artículo *La posverdad, peligro para la democracia*, sostiene:

La presencia ineludible de lo virtual fue teorizada por ciertos analistas que concluyeron que de aquí en adelante “lo real” es lo evanescente, por lo que es imposible y vano pretender alcanzarlo y, por tanto, la verdad no es más que una búsqueda imposible. El sociólogo Jean Baudrillard defendió de este modo la tesis de una “des–realización del mundo”, donde únicamente se ven imágenes en las pantallas de televisión, pero no su “realidad”. (p.301).

En ese sentido, se evidencia que esta gran transformación de la sociedad en una cultura de la información y la tecnología ha convertido sin reservas el siglo XXI en un siglo también del espectáculo. Series y programas televisivos, redes sociales, periódicos y revistas virtuales han promovido en forma de “realities” conductas estereotipadas, poco ilustrativas, pero si comercialmente llamativas. Estamos ante un mundo que permite con fluidez la circulación de la posverdad debido a la insistente demanda de lo mediático, de lo conmovedor e inmediato. Todo puede explicarse y enseñarse en el menor tiempo posible, pues el hombre de este nuevo siglo, el individuo posmoderno, es esencialmente semiculto, no piensa, no se informa, busca emoción en las cosas en lugar de la verdad, por eso la recepción de noticias falsas son más virales que cualquier contenido justificado. Están, en última instancia, mejor adaptadas a la demanda pública.

Por lo tanto, se asocia a la posverdad con un gran número de características del nuevo mundo: la profunda crisis de la credibilidad, el apogeo de las nuevas redes sociales como portadoras de información auténtica, la radicalización de populismo, las creencias, los prejuicios y las estrategias irracionales y emotivas. Respecto al éxito de la era de la posverdad, Graciela Técuatl (2018) aclara:

En la globalización actual, las redes sociales son el medio idóneo para difundir información sin apego a la verdad, sometiendo a la información a las emociones y no al raciocinio. Se magnifica la inmediatez antes que ponderar la verificación de los hechos, de los datos, de la información, lo que obsta para construir desde una opinión, hasta el conocimiento. La aceptación sobre lo que corre en redes sociales dificulta reconocer lo falso de lo verdadero. Las noticias falsas dan origen al reconocimiento expreso de su existencia y, a partir de ello, surge el debate y la polémica sobre éstas. (p.50).

Cabe decir entonces del fenómeno de la posverdad que está más asociado a la desinformación que a la capacidad de proporcionar contenidos verídicos y justificados. De hecho, puede considerarse la herramienta de mano para la generación de grandes estrategias de marketing tanto en el mundo de los productos y servicios como en la propaganda política. La posverdad es el vehículo idóneo para generar opiniones a favor o en contra de conflictos, ya sean de carácter político, religioso o cultural. En otras palabras,

los individuos han otorgado el poder del odio y la intolerancia a los discursos engañosos de la posverdad. En palabras de Ríos, “la producción de posverdad se muestra de modo claro cuando existen intenciones de influir en la opinión pública a favor de promover y concretar objetivos políticos, políticas públicas, o bien, acciones sociales determinadas” (2018, p.3).

Dicho lo anterior, es importante rescatar un elemento de gran importancia para la reflexión acerca del concepto de la posverdad y su fuerte vínculo con el marketing político y las falsedades de las muchas llamadas “democracias”. Es este apartado se hace sumamente necesario mencionar al ilustre filósofo norteamericano Noam Chomsky, quien en uno artículos más ilustrativos “*las diez estrategias de manipulación*” (2010), pone en evidencia aquellos mecanismos de manipulación que son utilizados tanto en los discursos políticos como en cualquier otro ente que busca ejercer control en las voluntades y consciencias humanas.

Chomsky reflexiona que ante el creciente fenómeno del exceso y saturación de información característica de la sociedad del siglo XXI, se ha contribuido a la problemática de la generación de noticias falsas que no son posibles de ser identificadas como verdaderas o falsas por muchas razones. La primera de ellas obedece a que el individuo posmoderno se ha decantado por una fuerte desilusión de las estructuras institucionales que lo ha llevado a renunciar a creer en los hechos justificados. Y en su lugar, ha preferido una incesante apatía, o una confianza y autoengaño ante las falsedades por resultar convenientes para mantener algunos intereses.

Por otro lado, la falta de capacidad de discernimiento también obedece a la progresiva tendencia a la alienación del pensamiento, que se manifiesta con vigor a través de los medios de comunicación. En ese sentido, Chomsky ilustra que, en los tiempos de posverdad, resulta verdaderamente satisfactorio el propósito de la manipulación por parte del poder, que se expresa de muchas maneras. En su obra *Los guardianes de la libertad: desinformación en los medios de comunicación de masas*, escrita en conjunto con Edward Herman, sostiene:

los medios de comunicación de masas actúan como sistema de transmisión de mensajes y símbolos para el ciudadano medio. Su función es la de divertir, entretener e informar, así como inculcar a los individuos valores, creencias y códigos de comportamiento que les harán integrarse en las estructuras institucionales de la sociedad. En los países donde los resortes del poder están en manos de la burocracia estatal -mediante el control monopolístico sobre los medios de comunicación, a menudo complementado por la censura oficial- resulta obvio que dichos medios están al servicio de los fines de una determinada élite. (1990, p. 21)

De la anterior cita, se puede apreciar que una de los mejores recursos que tiene a la mano el fenómeno de la posverdad, es su satisfactoria difusión a través de los medios de comunicación. Estos a su vez, bajo el manto de los intereses ajenos al público y orientándose a ofrecer sólo miradas parciales, son un excelente recurso de manipulación y distracción. La posverdad reflejada en los exitosos mecanismos de manipulación de los medios, se ha instaurado en función del engaño y la distracción de problemas reales. La posverdad es una mirada del poder, una única mirada que se busca ofrecer (como cortina de humo).

En ese sentido, se comprende a la posverdad como la estrategia de manipulación que banaliza la realidad, que la presenta con una lectura alternativa en donde se distrae al público de lo importante para ofrecer una visión de las cosas a favor, muchas veces, de sectores políticos, sociales y económicos. Al respecto, el autor Alejandro Ramos explica en su tercer capítulo del libro *La posverdad y las noticias falsas* (2018), lo siguiente:

la *posverdad* sugiere la idea de que a la par de que el gobierno, en muchas ocasiones, tiene intenciones de maquillar la realidad con objeto de mantener los niveles de gobernabilidad aceptables, es decir, justificar y sostener sus acciones políticas; también la ciudadanía, en términos de un comportamiento social y colectivo, muchas veces no quiere escuchar malas noticias, aunque éstas estén apegadas a la verdad, y por el contrario, prefieren que el discurso de las autoridades

públicas esté alejado de esa verdad, pero que transmita noticias aceptables a la población. (p.64).

A la par de la manipulación de la posverdad por medio de la distracción, también es muy común hallar en la información y en los discursos políticos la poca documentalidad, objetividad y rigurosidad. Se ha preferido tomar al receptor, al público, por alguien inculto y poco formado, por lo que las expresiones y tratos carecen del status de seriedad que amerita. Por tal razón, se hace frecuente ver en series televisivas, periódicos y disertaciones de índole política, un lenguaje pobre, poco apropiado, distorsionado y sensacionalista. En otras palabras, populismo mediato en estado puro. Lo que se busca es responder a la demanda de información, no a la veracidad y calidad de la misma. Además de buscar satisfacer el tipo de información que las elites quieren ofrecer. Al respecto Chomsky y Herman, sostienen:

los medios de comunicación de masas están inmersos en una relación simbiótica con las fuentes de información poderosas, tanto por necesidad económica como por reciprocidad de intereses. estos medios necesitan un flujo constante de materia prima informativa. deben satisfacer una demanda diaria de noticias. (1990, p. 50).

Por otro lado, lo que más caracteriza a la posverdad es que ofrece una versión de la misma desde la perspectiva de lo emocional, es decir, “la verdad emotiva”, con la cual se han podido beneficiar muchos actores políticos y la misma publicidad, ya que enseña a través del entretenimiento (el principal elemento de consumo) como es posible ser seducido desde la emoción. De este modo, se vislumbra como la emocionalidad se antepone a la racionalidad en la opinión pública, despertando sentimientos que se identifican desde la esperanza y la confianza, hasta el miedo y la humillación.

Las emociones son entonces, en ese sentido, la base de un relato donde la política y la propaganda son el espectáculo. Donde lo real, lo objetivo y lo racional resultan innecesarios, pues no evocan la conformidad y la emoción que, si puede hacerlo lo irreal, lo intenso y desproporcionado. Como añadidura a este latente problema, toda emoción que alimenta los mecanismos de la posverdad también está acompañados de ignorancia y

desinterés. Además, seguido de un factor emotivo determinante, es importante resaltar que la posverdad también ha permeado la profesionalidad, imparcialidad, la crítica y la independencia de los medios de comunicación que han sido fuentes idóneas para la manipulación emotiva y racional de los individuos. En ese sentido, Chomsky resalta que:

Una prensa verdaderamente independiente rechaza el papel de subordinación al poder y la autoridad. Lanza la ortodoxia a los vientos, cuestiona lo que "las personas con pensamiento correcto aceptarán sin cuestionamiento", desgarrar el velo de la censura tácita, pone a disposición del público en general la información y el rango de opiniones e ideas que son un requisito previo para una participación significativa. En la vida social y política, y más allá de eso, ofrece una plataforma para que las personas puedan debatir y debatir sobre los temas que les conciernen. Al hacerlo, cumple su función como base para una sociedad verdaderamente libre y democrática.¹

De acuerdo con Chomsky, la permanencia de una sociedad acrítica y desinformada, hace factible la distribución de la información falsa, que busca por medio de las diversas caras de la posverdad, vender el engaño y desorientar a los espectadores; influir en las decisiones y los pensamientos, socavar la eficiencia política, social y económica. En pocas palabras, la posverdad promueve por medio de la estrategia de la desinformación y la ignorancia, la conservación de un poder sólido, déspota y mentiroso. Morales (2018), en el libro *La posverdad y las noticias falsas*, explica lo anterior del siguiente modo:

Para algunos la posverdad es, además de una verdad parcial, una “mentira emotiva” en la cual los hechos duros y objetivos no convencen al grueso de la población, que prefiere mirar hacia versiones más agradables, aunque no sean ciertas ni científicamente comprobables. La posverdad, a veces, no sólo representa una expresión de fraude premeditado, sino también la evasión de una audiencia a la

¹ Artículo de Chomsky “Independencia del periodismo” 2017, recuperado de:

<https://chomsky.info/01072017/>

crudeza de algunos hechos para, de esa manera, privilegiar las creencias sobre los conocimientos científicos o hechos plenamente comprobables. Además, la posverdad propicia el camino de la manipulación de la información y, en consecuencia, se toman decisiones sobre bases endebles que quizá sólo favorecen a un sector de la sociedad o a un grupo específico (p.86).

Se concluye entonces, por un lado, que este gran fenómeno de la posverdad ha tenido tantos logros porque nuestra sociedad se ha edificado en sus aspectos más idóneos: un campo propicio en las tecnologías digitales y las redes sociales, que ayudan y refuerzan las creencias, el auto-engaño y la indiferencia. Por otro lado, porque los individuos han renunciado a pensar, y la posverdad no hubiese llegado hasta donde está si la sociedad no hubiera entrado en sus mismas dinámicas. Estamos ante una era donde las personas a partir de la voluntad propia se someten al engaño, y, en consecuencia, se disipan los valores sociales y los compromisos ciudadanos y humanos con los otros. La posverdad es el fiel reflejo de la construcción de un individuo plenamente apático, que aun sabiendo que la realidad y los hechos irrumpen muchas veces sus más arraigadas falsedades, decide dar la espalda y negarse a lo evidente. Decide, con la frialdad y la indiferencia que lo caracteriza, entrar en el juego creado por el poder donde la posverdad emite las reglas y omite las alternativas. Ríos (2018) lo reflexiona del siguiente modo:

La posverdad encuentra un campo propicio en las redes digitales que refuerzan las creencias, a las cuales interpelan los contenidos persuasivos de la propia posverdad, y refuerzan el sentido de identidad. Además ¿por qué se debería renunciar a ello? Es decir, a las emociones vehiculadas a las creencias y apreciaciones del mundo que nos brinda la certeza del grupo. (p.14).

En concordancia con la pregunta planteada en la cita, para la sociedad posmoderna realmente no hay motivo suficiente para renunciar a la posverdad. Eso sería como excluir la comodidad, la felicidad y el estado de confort que proporciona no comprometerse con los hechos y dejar que otros, ya sean instituciones o personas, decidan por nosotros que es

lo mejor. En últimas, lo que se termina evadiendo es la verdad, porque esta resulta amenazante, por desafía los pensamientos, las ideologías, las valoraciones y los dogmas. La verdad es la verdadera amenaza, y cada individuo posmoderno es consciente de ello y por eso decide vivir en el engaño y la mentira. Decide ser testigo la decadente sociedad que se construye a partir de las cortinas de humo.

En sentido, difícilmente se pueda confrontar un fenómeno como la posverdad si los discursos que la respaldan siguen alimentados por intereses particulares y no de la transparencia del discurso en sí mismo. De acuerdo con Ramos, en *Información líquida en la era de la posverdad* (2018), los nuevos discursos de la actual sociedad están configurados desde la percepción y el sentimiento, por tanto, es posible reconocer tres aspectos del discurso en relación con la posverdad: los discursos fundamentalistas que han sido elaborados bajo la creencia arraigada de que son los correctos. Discursos que deliberadamente están fundamentados en la mentira, con objeto de que no se conozca la verdad para el beneficio de las personas que los realizan. Discursos que están vacíos de sustancia y contenido, y las ideas que se emiten en él no tienen una preocupación por la verdad, sin tampoco caer directamente y deliberadamente en la mentira (p.287).

En relación con todo lo mencionado hasta ahora, se puede decir que la posverdad es un fenómeno actual con tanto poder que ha sido uno de los contribuyentes a las situaciones críticas de la sociedad, pues gran parte de la vida humana se ha visto manipulada por la mentira y su percepción del mundo se ha construido a partir de imágenes y no de hechos. Por tanto, y como lo sostiene Chomsky, los discursos que se proliferan en todas las esferas son indudablemente el reflejo de las perspectivas e intereses del poder. Lo más lamentable aún, es como cada individuo consciente de estos aspectos sigue conservando la indiferencia y alimentando la distorsión de lo real y lo verdadero.

CAPITULO TRES

EL PENSAMIENTO CRÍTICO EN LA ERA DE LA POSVERDAD

“La posverdad puede ser una mentira asumida como verdad o una mentira asumida como mentira, pero reforzada como creencia o hecho compartido en una sociedad.”

Rubén Amón.

El propósito de este capítulo consiste en ofrecer una reflexión acerca de la necesidad de incorporar un pensamiento crítico como alternativa ante la crisis de la sociedad posmoderna con el surgimiento del fenómeno de la posverdad. Analizaremos que, al igual que lo propone el filósofo Noam Chomsky, el mejor antídoto para la ignorancia, la manipulación y la desinformación, es pensar; es fomentar un pensamiento esencialmente crítico que ayude al individuo a construir un criterio propio y a discernir en la gran sociedad de la información de la que hace parte, lo que contiene verdad y lo que no. En otras palabras, a que pueda reconocer donde se le quiere mentir, engañar y manipular.

El desarrollo y gran acogida que ha tenido los distintos medios de comunicación gracias a las revoluciones tecnológicas del último siglo, ha propiciado escenarios de “hiperconectividad” donde la información, grandes cantidades de información, por cierto, rondan con gran velocidad. Su fácil y mediático acceso ha hecho que la verdad ceda su lugar a la llamada posverdad, pues los sujetos digieren día a día contenidos sin ningún tipo de filtro crítico y verificación. Estamos, por tanto, ante la fiebre de información simultánea que ha dejado de preocupar a sus consumidores frente a su credibilidad; ya no interesa la calidad, científicidad y rigor de los contenidos que se comparten y se leen, sino que, por el contrario, o existe una apatía frente a la falsedad de la misma, o lo que es peor, se cree con tanta facilidad que los juicios de valor que se emanan de ella generan conflictos y

consecuencias graves. Un ejemplo de ello son las redes sociales que sirven como medios de manipulación y divulgación de mentiras en las que se involucra la mayoría de veces la imagen de personas o instituciones. De este modo, el contexto de los medios, redes sociales e internet, se ha configurado perfectamente para difundir mentiras y noticias tergiversadas. De acuerdo con Carrera en *“Estratagemas de la posverdad”*:

El discurso sobre la posverdad deriva, en parte, de esta asunción falaz de Internet como medio anárquico en el que la “autoridad” discursiva habría perdido pie y los relatos “institucionales” (científicos, periodísticos, etc.) habrían sido marginados por opiniones variopintas e infundadas capaces de aunar en torno a ellas la aquiescencia pública. Mientras tanto, la política es situada, estratégicamente, como el espacio dilecto de la mentira y el refugio de la posverdad. (2018, p.5).

Existe, evidentemente, en el escenario de la información y los medios masivos que la divulgan, una presentación de los hechos y las noticias tergiversada. Hay en el fondo una renuncia a valorar la verdad como forma de libertad y cambio, reemplazando esos principios por el juego manipulador del poder en el que se cree algo sólo en virtud de la conveniencia o porque garantice la neutralidad de ciertas circunstancias (culturales, sociales, políticas). La posverdad es sin duda un fenómeno que penetra todas las esferas de la vida pública y privada, adquiriendo una gran fuerza no sólo porque sirve de instrumento de engaño, sino porque los individuos cada día se hayan en la predisposición de someterse al mismo, es decir, al autoengaño. Siguiendo a Carrera (2018):

La posverdad cumple una función de reclamo y de pantalla de humo al mismo tiempo. Compele a centrar la atención en determinados fenómenos secundarios y sirve para ocultar a la vista aquello que verdaderamente es relevante en términos discursivos, en términos de lógica mediática y en términos políticos, económicos y culturales. (p.1).

El acelerado ritmo con el que se vive en las sociedades contemporáneas ha contribuido a que fenómenos como la posverdad ganen terreno en los pensamientos, acciones y en las mismas prácticas éticas de los individuos. La sociedad de la información ha abarcado un gran dominio sobre la humanidad, y en su afán por globalizarse ha descuidado componentes importantes como la objetividad y veracidad de la misma información que se divulga. Cuando se menciona que la posverdad, surgida propiamente en este tipo de sociedad, ha influenciado incluso las prácticas éticas, se hace referencia a que los ciudadanos se están configurando como agentes pasivos y totalmente vacíos de juicios críticos. Los componentes de veracidad, objetividad, y el valor mismo trascendental que debería contemplar cualquier ejercicio ya sea de divulgación o recepción de información, han sido desvalorizados y por tanto se ha engendrado una crisis de credibilidad, de valores, de horizontes, de evidencias. La producción y reproducción de la posverdad, incesante en las relaciones interpersonales y los medios de comunicación, ha enclaustrado a los individuos en la profunda ignorancia y manipulación. Es un hecho, por tanto, que los distintos dispositivos de poder se han valido de la posverdad para la manipulación consciente de todos los sujetos.

En ese orden de ideas, la posverdad se configura, en términos metafóricos, en una de las enfermedades más letales de nuestra sociedad actual: la información manipulada, tergiversada y degradada se ha propagado en las distintas empresas (medios de comunicación, redes sociales, revistas y demás) como un virus que amenaza el buen juicio y la capacidad crítica-analítica de los individuos. Los seres humanos que se hayan inmersos en las dinámicas de la sociedad de la información, están cada día más apáticos e incapaces de adquirir las habilidades necesarias para desenvolverse en esta sociedad del modo correcto, es decir, primando el pensamiento racional y reflexivo frente a lo que debe hacer o creer. En su lugar, han mantenido las creencias falsas como fuente de conocimiento y la evidencia en el plano total de la indiferencia. Si algo ha logrado la posverdad como enfermedad de la sociedad contemporánea, es atacar la capacidad racional humana, instaurando las emociones, deseos y emotividades como principios de pensamiento y acción.

En consecuencia, con la necesidad de apostar por la construcción de un ciudadano competente, informado, instruido, y suficientemente preparado para la toma de decisiones y acciones, es pertinente hallar en el pensamiento crítico el antídoto frente a los tiempos de la posverdad. Con la promoción de la crítica, el análisis y la investigación, es posible encarar fenómenos como la posverdad a través de las capacidades de discernimiento entre hecho y ficción; conocimiento y opinión; mito y realidad. En efecto, tales aspiraciones no son un ejercicio fácil, menos en un contexto donde la inmediatez, la ignorancia y la indiferencia reinan. No obstante, su apuesta permite ver que en el pensamiento crítico puede hallarse la verdad como un acto emancipatorio. En este caso esa verdad acontece como la capacidad de dar cuenta que en la era de la posverdad lo que se busca es engañar a los sujetos y, peor aún, promover su propio autoengaño. En su texto *“El mundo de la posverdad”* (2018), Fernández expresa:

El pensamiento crítico debe promoverse. La crítica es imprescindible para el progreso de las sociedades, para su mejora. Una sociedad precisa de referentes intelectuales, de faros en lo alto de la montaña, personajes u organismos encumbrados a los que poder seguir; pero también de críticos que, permanentemente y desde la buena fe, cuestionen el modelo vigente y a aquellos mientras proponen universos distintos y nuevos sueños. Las sociedades se crecen en sus contradicciones. Ese pensamiento crítico pertenece al acervo de Occidente, debe ser preservado a cualquier costo e impedir que se incorpore o lo incorporen al mundo de la posverdad. (p.74).

La promoción del pensamiento crítico permitirá llevar a cabo la restauración de la verdad y el valor fundamental que comprende. Su búsqueda no será en virtud, como muchas de las críticas posmodernas elaboraron, de que se imponga una visión hegemónica donde ya no hay apertura para más discursos y sólo se instauren aquellos que se consideran con la autoridad de decir que es verdad y que no, en otras palabras, una verdad impuesta por el poder. Por el contrario, renunciar también a su valor y búsqueda, ha engendrado una

relatividad desbordante al igual que un apogeo de la posverdad. Por tanto, la necesidad de que el pensamiento crítico promueva nuevamente el valor de la misma, será a favor de una actitud basada en la búsqueda de razones, evidencias, de sustentos sólidos que evalúen que no toda información, noticia y opiniones que rondan son dignas de asumirlas como ciertas. Es un hecho que la capacidad de detectar lo falso no es un ejercicio fácil, la información manipulada circula con mucha fuerza y credibilidad por lo que exponerla como errada requiere de comprobar fuentes y sucesos. Sin embargo, es un ejercicio posible y el pensamiento crítico es una vía que, aunque no total, si es verdaderamente útil para no viralizar, irreflexivamente, cualquier contenido sin haber sido analizado. De acuerdo con Morales, en *“Posverdad y noticias falsas”*:

La época de la sociedad de la información y el conocimiento nos está enfrentando a un volumen impresionante de información que corre por las redes o en otros medios de comunicación: “Un exceso de comida no hace seres humanos sanos”. Por lo tanto, de acuerdo con ese ejemplo, tiene que haber una selección profesional de alimentos, tanto en cantidad como en calidad; su paralelo, en este caso, sería la existencia masiva de información y su uso indiscriminado e irracional. (2018, p.10).

De acuerdo con la anterior cita, se sostiene que una buena dosis de pensamiento crítico permitirá que los individuos sean selectivos con los contenidos e información que digieren. Pensar, cuestionar, indagar, verificar, hará posible que las opiniones, conjeturas e interpretaciones que leemos y escuchamos no sean compartidas a ciegas. Hay que poner bajo observación no sólo los pensamientos propios sino los ajenos que se presentan como “verídicos”. De este modo, el ejercicio de cultivar las capacidades reflexivas y críticas, impedirá que los individuos sigan siendo “borregos”; sujetos irreflexivos que son manipulados para la conveniencia de intereses políticos, de medios de información y de opiniones públicas. El pensamiento crítico debe hacerse valer como fin indispensable para la construcción de la personalidad y de la democracia con criterio. De acuerdo con García

(2012), en su texto *“Pensamiento crítico: conceptos y fenómenos fundamentales de nuestro tiempo”*:

es factible conceptualizar el pensamiento crítico como todo planteamiento intelectual producto de análisis, interpretaciones y problematizaciones racionales acerca de las manifestaciones de la realidad, sus fenómenos, situaciones e ideas, para generar cuestionamientos, juicios y propuestas orientadas a la promoción de cambios y transformaciones en beneficio de la humanidad. (p.2).

El pensamiento crítico, como antídoto al fenómeno de la posverdad, requiere de los aportes significativos de muchos ámbitos del conocimiento, sobre todo de la filosofía, que desde su historia se configura como método y como saber para pensarse la realidad y los fenómenos sociales que en ella acontecen. Una buena dosis de los aportes filosóficos al fortalecimiento del pensamiento crítico permitirá dimensionar que, para hacer frente a los efectos de la posverdad en la sociedad globalizada, se necesitan elementos como: Investigar, indagar, reconocer, revisar, cuestionar, conceptualizar, criticar, comprobar, etc. Y una gran cantidad de elementos indispensables para hacer buen uso de la información a la que nos enfrentamos día a día. Como lo expresa la profesora Mexicana Graciela Técuatl en *“La posverdad y las noticias falsas”*:

En la sociedad actual, con la presencia de Internet y el uso intenso de las redes sociales, uno de los retos es la verdad de la información. La verdad requiere analizar objetivos, argumentar los datos y los hechos; ambos aspectos conservan a la verdad de su posibilidad inherente: la mentira. En el mundo contemporáneo —donde hay una mayor. (2018, p. 47).

En el proyecto de ir en búsqueda de la verdad, o por lo menos el desmantelamiento del engaño y la mentira, la filosofía, como instancia crítica, es indispensable como herramienta para dicho objetivo. Este campo del saber ha apostado por tener como principios la

reflexión y el análisis, a la vez que la conservación del valor de la verdad desde la perspectiva griega. Aunque el paso de los siglos haya generado cambios profundos en la sociedad, es un hecho, desde las reflexiones filosóficas, que el engaño y la mentira siempre han estado presentes. La alegoría de la caverna propuesta por el filósofo griego Platón, hace aproximadamente dos mil años, es una muestra de que, aunque el concepto de posverdad es novedoso, la intención que encierra es tan vieja como la filosofía misma. Las prácticas atenienses estaban plagadas de discursos cautivadores, falsos y demagogos; prácticas en las que los ciudadanos comunes solían caer fácilmente. La alegoría era precisamente una crítica de ello; de la disposición de los individuos por mantener en la ignorancia y el engaño. La caverna no proyecta imágenes reales, sólo sombras, como el estado de conocimiento de los sujetos. Sólo conocen de la realidad las sombras, pequeños rastros que podrían diferir por completo de lo que son en realidad las cosas.

En ese sentido, la apuesta griega, impulsada tanto por Sócrates como Platón, es que los individuos se atrevieran a salir de las cavernas y vieran el mundo real. En otras palabras, que alimentaran el conocimiento crítico para ir en búsqueda de la verdad. Es precisamente esto lo que se busca con la difusión del pensamiento crítico en la contemporaneidad, que los ciudadanos se atrevan a salir de la comodidad del estatus quo, que decidan emprender el camino, arduo camino, de la emancipación de las ideas. Que se atrevan a pensar por sí mismos, a cuestionar, a poner en tela de juicio aquello que se les presenta como irrefutable. Dicho de otro modo, que busquen la libertad que la verdad confiere.

Fenómenos tan extendidos como la posverdad, son el reflejo de una sociedad enferma; una sociedad que no se somete a ningún examen, y que expresa constantemente la incapacidad de cuestionarse a sí misma. Jiménez en su libro *“enseñanza de la filosofía y aprendizaje del filosofar: el análisis, la reflexión, la crítica y el cuestionamiento filosóficos en la sociedad de hoy”* expresa lo siguiente:

indudablemente se habrá de admitir que, en el mundo de hoy, por distintos motivos, el ejercicio de pensar, discriminar, criticar, puede verse eclipsado. Es razonable plantearlo. Puede observarse la falta recurrente de una relación crítica con respecto a lo que se lee, se ve, o se escucha. (2016, p.135).

De acuerdo a lo anterior, se comprende porque la posverdad se ha extendido con gran éxito en la sociedad de la información, pues los espacios de pensamiento y reflexión; los espacios para las prácticas filosóficas, han cedido a lo mediático y a la manipulación. Continuamente se les sugiere a los individuos las opciones en la gran gama de información disponible. No necesita, por tanto, esforzarse mucho. Todo está puesto del modo más fácil posible para que no se requiera el esfuerzo de pensar qué es lo que constantemente consumimos. La posverdad promueve los escenarios donde la información discriminada, valorada y analizada no es necesaria, pues se presenta de un modo donde cualquier información o noticia que se ronde es confiable. El hecho de conferirse un nombre, un estatus, una categoría, la posverdad se revela como autoridad frente a lo que debe asumirse como cierto. De acuerdo con Carrera (2018):

La posverdad no da cuenta –las deficiencias conceptuales y argumentales y la precariedad teórica subyacente parecen obvias-, como se pretende, de un supuesto estadio gnoseológico y moral, sino que sirve como un instrumento de “masaje” –retomando un término McLuhaniano- de la opinión pública, cuando no, directamente, de pantalla de humo que desvía la atención de otras cuestiones más relevantes para definir el entorno comunicativo y discursivo actual, al mismo tiempo que justifica el recurso al dogma y subraya la futilidad última de toda crítica que no asuma sus principios. (p.5).

Así pues, la demanda de un pensamiento que cuestione estas dinámicas de la sociedad de la información; un pensamiento que sea esencialmente crítico, se hace cada vez más necesario. El mundo está llamado a volver a poner en escena la enseñanza de las humanidades y la filosofía. Está llamado a promover, desarrollar y cultivar capacidades en los individuos para desenvolverse en una realidad tan compleja y engañosa como la actual, donde la exposición a la inmediatez y la ignorancia, -paradójicamente en una sociedad en la que el acceso al conocimiento y la información es más fácil-, es el pan de cada día. Por tanto, la instauración del pensamiento crítico, en una sociedad mecánica y fría, permitirá

no sólo transformarla en una comunidad de diálogo constructivo, sino que también hará de los individuos sujetos capaces de pensar por sí mismos. Sujetos convencidos de que el progreso de una sociedad depende del proceso crítico de desenmascarar las mentiras, los dogmas, las ideologías y los relativismos. Al respecto, Victoria Camps en su obra *“Elogio a la duda”*, sostiene:

Una de tales medidas es la educación, la formación de una ciudadanía instruida, capaz de pensamiento crítico, dispuesta a examinar los discursos dominantes. Una ciudadanía, diría yo, amante de los matices y no de las consignas ni de los eslóganes de pancarta. (2016, p. 94).

Por este motivo, es importante rescatar la dimensión ética que también comprende el esforzarse por indagar la verdad. El compromiso que cada individuo tiene con la sociedad, implica interesarse por cada situación que se presente. Implica, en última instancia, una lucha por la verdad; una lucha en donde las falacias y las “posverdades” deben ponerse en evidencia y ser denunciadas. La búsqueda de la verdad es una apuesta ética que atraviesa tanto intereses políticos, culturales y sociales. Por lo tanto, en cualquier espacio donde el pensamiento crítico se lleve a cabo, existe un notable compromiso, una vocación, por buscar la verdad. Una búsqueda que no pretende imponerse, ni dogmatizarse, sino que pretende liberar el pensamiento, descubrir que sin su búsqueda la sociedad puede fracturar.

La verdad, en ese sentido, desde la concepción de una ética común, es un reto para el pensamiento crítico, ya que las sociedades se han configurado desde la fragmentación, la imposición y la censura de aquello que no responde a intereses particulares. Fortalecer el pensamiento crítico, entonces, es permitir que las sociedades incrementen no solo su cohesión y su fe en sí mismas, sino que, se revelen contra las estructuras que la suman en los engaños y las manipulaciones mediáticas. De acuerdo con Fernández (2018):

Y es que la lucha contra la difusión de contenidos falsos puede arrastrar a las sociedades a la censura, y con ello, como corolario, a que se suprima el pensamiento crítico y se mengüen a la postre libertades y derechos; esto es todo lo que ha hecho que Occidente sea lo que hoy es. Por tanto, el control de la información no es la

piedra angular sobre la que construir la solución; los costos exceden a los beneficios. La clave está, nuevamente hay que recordarlo, en el interior de la sociedad, y pasa por resolver sus problemas efectivos. Estamos en un ámbito cuya centralidad requiere de una ponderación extrema y no admite ni soluciones rápidas ni mágicas. Se deben promover las actitudes deontológicas y colaborativas antes que las restrictivas. El Derecho siempre va por detrás de los hechos que pretende regular. (p.76).

En síntesis, la apuesta por fortalecer las capacidades críticas en los individuos, permitirá que categorías como la posverdad, pierdan la fuerza y la influencia que tiene sobre las sociedades actuales. El pensamiento crítico, con una base ética y un compromiso con lo social, podrá hacer frente a los poderes manipuladores de los medios digitales, de las redes sociales, de los discursos políticos. Podrá, en última instancia, situar a la verdad como el objetivo en la construcción de una sociedad más libre y autónoma. La posverdad es un fenómeno que debe ser combatido, porque moldea las mentes y las acciones con propósitos dañinos. La filosofía, por tanto, en su ejercicio de fortalecer el pensamiento crítico, está orientada a poner de manifiesto no sólo las deficiencias de las sociedades actuales, sino los dispositivos retóricos que muestran una realidad tergiversada y desdibujada. La filosofía es, por último, el medio de la emancipación de las ideas y voluntades humanas.

CONCLUSIONES

En conclusión, la posverdad se ha convertido en un problema cada vez más común en el mundo actual, donde la información se encuentra en constante circulación y es fácil de manipular. Los líderes políticos y los medios de comunicación a menudo recurren a técnicas de manipulación para influir en la opinión pública y promover sus agendas, independientemente de si los hechos son verdaderos o no.

Es importante reconocer la existencia de la posverdad y estar alerta a la manipulación, para poder tomar decisiones informadas y bien fundamentadas. La sociedad necesita más educación crítica y habilidades de pensamiento crítico para ayudar a combatir la posverdad, y los medios de comunicación y los líderes políticos deben ser responsables y éticos en la forma en que presentan y utilizan la información.

Por lo tanto, se hace crucial que los individuos busquen y verifiquen las fuentes de la información y utilicen múltiples fuentes para formarse una opinión informada. Al estar alerta y conscientes de la posverdad, se puede trabajar juntos para asegurar que las decisiones importantes se basen en hechos objetivos y que la verdad prevalezca sobre la manipulación y la desinformación. En otras palabras, se trata de fortalecer, promover y cultivar el pensamiento crítico.

BIBLIOGRAFÍA

- ARISTÓTELES. METAFÍSICA. Traducción de Valentín García Yebra recuperado de:
<http://cmap.upb.edu.co/rid=1GM19TDTV-2QXBB0-V3Y/Aristoteles%20-%20Metafisica.pdf>
- AZNAR, F. (2018). El mundo de la posverdad. *Cuadernos de estrategia*, N° (197), 21-82.
- CARRERA, P. (2018). Estratagemas de la posverdad. *Revista Latina de Comunicación social*, N° 73, pp. 1-6. Recuperado de:
<http://www.revistalatinacs.org/073paper/1317/76es.html>
- BBC. (2017). Qué es la "posverdad", el concepto que puso de moda el "estilo Trump" en Estados Unidos. Recuperado de: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-38594515>
- CAMPS, V. (2016). *El elogio a la duda*. España: Editorial Arpa.
- CHOMSKY, N. (2007). *Ilusiones necesarias: control del pensamiento en las sociedades democráticas*. Argentina: Terramar Ediciones.
- CHOMSKY, N., & HERMAN, E. (1990). *los guardianes de la libertad: propaganda, desinformación en los medios de comunicación de masas*. Argentina: Editorial Grijalbo Mondadori.
- CHOMSKY, N. (2017). *Independencia del periodismo*. Recuperado de:
<https://chomsky.info/interviews/>
- DESCARTES, R. (1987). *Meditaciones Metafísicas*. España: Editorial Gredos.
- FERRATER, M. (1994). *Diccionario de filosofía Tomo II*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- FERNÁNDEZ, F. (2018). El mundo de la posverdad. *Cuadernos de estrategia*, N° 197, pp. 21-82.

- FOUCAULT, M. (2010). *El coraje de la verdad*. México: fondo de cultura económica.
- GARCÍA, A. (2012). Pensamiento crítico. *Conceptos y fenómenos fundamentales de nuestro tiempo*, pp. 2-10. Universidad Nacional Autónoma de México instituto de investigaciones sociales. Recuperado de: http://conceptos.sociales.unam.mx/conceptos_final/506trabajo.pdf
- GARCÍA, J. (1961). El valor de la verdad (discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1961-1962). *Universidad de Murcia, departamento de lengua N. 374*. pp. 3-36.
- GONZÁLES-AYESTA, C. (2010). El amor a la verdad en Tomás de Aquino. *Revista Española de Filosofía Medieval*, 17. pp. 37-46.
- GRABMANN, M. (1945). *La vida espiritual de Santo Tomás De Aquino*. Buenos Aires: Editorial Guadalupe.
- JIMÉNEZ, E. (2016). *Enseñanza de la filosofía y aprendizaje del filosofar: el análisis, la reflexión, la crítica y el cuestionamiento filosóficos en la sociedad de hoy*. Quito: Centro de publicaciones Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- MORALES, E. (Ed). (2018). *La posverdad y las noticias falsas: el uso ético de la información*. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información.
- NIETZSCHE, F. (1873). *Sobre la verdad y la mentira en el sentido extra moral*. Recuperado de: <https://www.lacavernadeplaton.com/articulosbis/verdadymentira.pdf>
- PLATÓN. (1998). *Diálogos: Fedón, Banquete, Fedro*. Madrid: Editorial Gredos.
- PLATÓN. (1872). *La república*. Madrid: Medina y Navarro, Editores.
- RAMOS, A. (2018). Información líquida en la era de la posverdad. *Revista general de información y documentación* 28(1). P. 283-298.

- RAMOS, H. (2018). La era de la posverdad en la sociedad del riesgo. En Morales, E. (Ed). La posverdad y las noticias falsas: el uso ético de la información (61-80). México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información.
- RÍOS, J. (2018). Comunicación interpelativa *versus* información validada. En Morales, E. (Ed). *La posverdad y las noticias falsas: el uso ético de la información* (3-28). México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información.
- SAN AGUSTÍN. (1969). *Obras de San Agustín*. Madrid: LA EDITORIAL CATÓLICA, S. A.
- ZUBIRÍ, X. (1941). «SÓCRATES y la sabiduría griega»: *Escorial 2* p. 151-222. Recuperado de: <http://www.zubiri.org/works/spanishworks/nhd/socratesysabiduria.htm>
- TÉCUATL, M. (2018). La información: entre la verdad y la posverdad. En Morales, E. (Ed). La posverdad y las noticias falsas: el uso ético de la información (29-60). México: UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información.
- VALADIER, P. (2017). La posverdad, peligro para la democracia. *Revista de fomento social* 72 (2). P. 297-304.
- VILLORO, L. (1982). *Creer, Saber, Conocer*. México: Siglo XXI Editores.
- VILLORO, L. (1999). *El conocimiento*. Madrid: Editorial Trota.